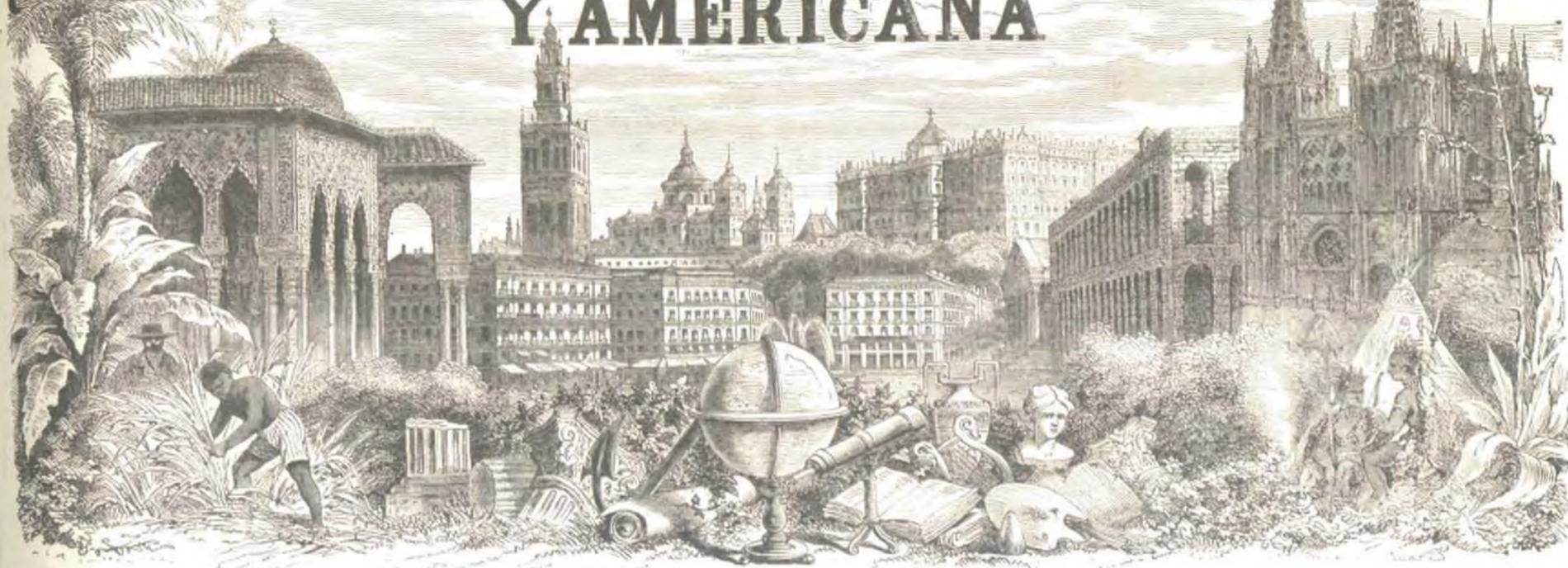


# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



## PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8,400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

## AÑO XVI—NUM. XXVI.

EDITOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.  
 ADMINISTRACION, CARRERAS, 12, PRINCIPAL.  
 Madrid 8 de Julio de 1872.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas..	L. E.—3	L. E.—1-12/4

## SUMARIO.

TACTO.—Revista general, por don E. Martínez de Velasco.—El valle de Mañara, por don Antonio de Trueba.—Los trenes de placer.—El planeta Ceres (carta de otro mundo), por don Peregrin García Cadena.—El Emmo. señor don fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo.—Orillas del Tajo en Toledo, por J. Puiggari.—La calumnia, poema en dos cantos (conclusion), por don Ramon de Campoamor, académico de la Española.—La Virgen de la Sierra, por don Ricardo Villanueva.—Antonio Sanchez, historia vulgar (continuacion), por don José de Castro y Serrano.—Don Eduardo Fernandez Pescador.—El ciego, cuadro de Mr. Bayes.—Plaza de toros de Valencia, por V.—Sagua la Grande.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato de don Eduardo Fernandez Pescador, grabador en hueco y académico, por el señor Perea.—Madrid: Salida de un tren de recreo para Labos, por el señor Miranda.—Retrato del Emmo. señor don fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo, por el señor Perea.—Toledo: Orillas del Tajo, por don R. Padró.—Segovia: Ermita de la Virgen de la Sierra, grabado sobre fotografia por el señor Rico.—Bellas artes: «El ciego» cuadro de Mr. Bayes, por X.—Valencia: Exterior de la plaza de toros, por el señor Perea.—Isla de Cuba: Vista general de Sagua la Grande, por el señor Padró.—Retrato de don Francisco Aballi, presidente del comité nacional de Matanzas, por el señor Garcia.

## REVISTA GENERAL.

### SUMARIO.

EXTERIOR.—ESTADOS UNIDOS.—El Senado de Washington.—Candidatura de Grant y Greeley.—Tres senadores norte-americanos.—INGLATERRA.—Solucion del *imbroglio* del *Alabama*.—Un diplomático hábil.—AUSTRIA-HUNGRÍA.—Las elecciones.—Triunfo de los *deakistas*.—La conciliacion de los partidos.—PRUSIA É ITALIA.—Revelaciones de un periódico.—Absurdos.—Un recuerdo.—FRANCIA.—Tratado con Alemania.—Principales artículos del mismo.

INTERIOR.—Crónica de la semana, breve pero expresiva.—Una fiesta.—Memoria de la Sociedad artistico-musical de Socorros mútuos.

Al comenzar esta revista tenemos á la mano un excelente diario de Nueva-York, que nos da ya hecha la crónica exacta de la última legislatura de los Estados Unidos—bien importante, por diversos conceptos.

El telon acaba de caer sobre una mala pieza que podria intitularse de este modo: el servilismo senatorial.

Es cosa bien extraña lo que sucede en la República americana con el Congreso y el Senado: casi siempre están de pugna; y si aquél pretende edificar, éste presenta obstáculos y paraliza la obra.

Los partidarios de un poder legislativo dividido en dos Cámaras, —sin que á nosotros nos sea permitido decir si lo somos de una, ó de ninguna,—debieron haber asistido á las últimas sesiones celebradas por el Senado de Washington.

Esta asamblea, durante toda la legislatura, no ha tenido más que una preocupacion: la reeleccion de Grant; y ahora, cuando se acercan los dias de acudir á las urnas electorales, tal reeleccion, contra la cual no se presentaba en un principio ningun obstáculo serio, se halla rodeada, en medio de un mar de encontradas aspiraciones, de peligrosos escollos.



Don Eduardo Fernandez Pescador grabador en hueco, y académico (pág. 416).

Reúne la Convención nacional republicana de Cincinnati, y en ella es objeto de burla para los congregados la candidatura del actual presidente de la República, y es aclamado con entusiasmo Mr. Horace Greeley,—*el candidato imposible*, como lo había llamado pocos días antes el *Times* de Nueva-York, órgano principal del partido *granlista*.

Y no es esto lo peor; sino que á seguida aceptan igualmente la candidatura del fundador de la *Tribuna* los hombres más importantes del partido democrático: Mr. Belmont, presidente del comité ejecutivo de Nueva-York y representante en los Estados Unidos de la casa Rostchild; Mr. Horace Seymour, gobernador que ha sido de la gran ciudad americana y ex-candidato democrata á la presidencia, en las elecciones de 1868: Mr. Fernando Wood, otro personaje de distinción perteneciente al mismo partido, y muchos más cuyos nombres omitimos, pero cuya significación política es bien importante.

Faltábale únicamente á la candidatura de Mr. Grant, que un senador, Mr. Sumner, haciendo uso de una elocuencia que podríamos llamar *incandescente*, acusara en plena sesión al presidente Grant de haber recibido toda clase de dones, desde tierras de labor y quintas de recreo, hasta magníficos caballos y áun dinero; que otro senador, Mr. Withe, le dijera, también en sesión pública, que su reinado (*sic*) pasaría á la historia como un ejemplar funesto del nepotismo más vergonzoso, puesto que Mr. Grant ha colocado en puestos lucrativos á todos sus parientes, áun á los más lejanos; que un tercer senador, Mr. Schutz, pronunciase una arenga vehementemente, con motivo de las armas vendidas á la Francia en 1870 por el ministerio de la Guerra, á fin de arrebatarle los votos de la población germánico-americana, numerosa é influyente, como es sabido, en aquel país.

No es posible prever el éxito de la próxima lucha; pero la verdad es que la reelección de Grant, que siempre se creyó asegurada, parece como que cede el puesto en la opinión pública á la elección del típico Mr. Greeley — «el pseudo presidente de los pantalones rotos», según lo designa cierto periódico satírico de Washington.

..

Hoy se puede cantar ya un himno de triunfo en loor de los árbitros reunidos en Ginebra para resolver la cuestión del *Alabama*.

El telégrafo nos ha anunciado que aquellos señores han dicho que la demanda de los Estados Unidos, relativa á indemnización por pérdidas indirectas, no tenía fundamento alguno, y el gabinete de Washington ha hecho saber al mundo diplomático que tal demanda podía considerarse como retirada.

Dos puntos principales tenía la cuestión: esa demanda de los Estados Unidos, y otra de Inglaterra para que se aplazase la solución hasta dentro de algunos meses.

Pero Mr. Selopis, presidente del tribunal, cortó por lo sano, y propuso que las dos demandas fuesen rechazadas: él tenía razón, puesto que las naciones interesadas se dan por satisfechas.

La diplomacia posee el arte de presentar las cuestiones con ligeras nubecillas, que impiden sin embargo la ofuscación: el tribunal no decidía nada, pero hacía creer al gabinete de Washington que la demanda era injusta, y al de Inglaterra que la suya era inconveniente.

Pero ha hablado con una oscuridad tan ingeniosa, que hubiera hecho honor al mismísimo oráculo de Delfos.

No ha querido el tribunal juzgar, ni siquiera prejulgar la cuestión, sino que, con laudable modestia, ha estimado — en el asunto capital — que las reclamaciones de los Estados Unidos «no constituían, según los principios de derecho internacional, una base bastante sólida para fundar un juicio de compensación, ó un cálculo de indemnidad entre naciones;» y con respecto á las pretensiones de Inglaterra, ha creído que «el tribunal no hallaba medio de eludir la necesidad de pronunciar un fallo en la demanda de aplazamiento formulada por el gabinete de Saint James.»

Oscuros son los términos, repetimos, pero bien ingeniosos.

Era lo mismo que decir: América, retira tus reclamaciones; Inglaterra, retira también tu demanda de aplazamiento.

La primera contestó en el acto afirmativamente; y la segunda, cuyo plenipotenciario pidió un breve espacio de tiempo para consultar á su gobierno, contestará del mismo modo.

El *imbroglio* está resuelto, y hay que dar gracias á mister Selopis, presidente del tribunal, porque ha sabido ver claro lo que casi todo el mundo diplomático veía un poco turbio.

..

El éxito de las elecciones en Hungría pertenece al *sig-nor deakista*, y la izquierda *magyar* no puede consolarse de su derrota, y exhala quejas que se lleva el viento.

Han sido elegidos 186 diputados *deakistas* y 33 miembros de las dos fracciones de la izquierda, y excusado es decir que éstos culpan de su fracaso «al jesuitismo legal, al absolutismo, á la burocracia.»

Mas parece, á pesar de estos lamentos, que los diversos partidos políticos de Hungría se hallan animados de sentimientos conciliadores, á juzgar por la elección de M. Mazuranc, ex-ministro y perteneciente al partido nacional moderado, para presidente de la Dieta de Agram, elección hecha por unanimidad, y para la cual se han reunido los votos de los *deakistas*, de los *magyares* y de los *croatas*.

No sabemos si estará señalado ya en el libro del destino el término de los días de agitación y de zozobra en la vieja Hungría; pero este hecho es bien significativo, y demuestra exactamente las disposiciones conciliadoras de los hombres más importantes de los tres partidos nacionales.

Cierto que el imperio austro-húngaro necesita largos días de reposo, para pensar en aplicar remedio á no pocas enfermedades de que adolece.

..

¿Qué es lo que meditan Prusia é Italia, con relación á la Santa Sede?

El *Memorial diplomatique* asegura que existe entre los dos gobiernos un acuerdo formal, casi un pacto, que abraza estos dos extremos:

Prusia se compromete á defender á Italia contra cualquier agresión extranjera.

Prusia é Italia mirarán sus fuerzas para lograr que la elección del futuro Pontífice, sucesor del venerable Pío IX, se verifique «según las reglas canónicas, con asistencia de los cardenales no italianos,» y para exigir del nuevo Papa «grandes concesiones relativas al dogma de la infalibilidad.»

No entendemos esto — con permiso del profundo *Memorial diplomatique*.

O mejor dicho: ello es simplemente absurdo.

¿Qué concesiones ha de hacer un nuevo Papa en cuestiones de dogma?

El dogma es inmutable, es la fe, es la Iglesia de Jesucristo.

Por lo demás, es de extrañar que tan pronto se haya olvidado la historia casi contemporánea: á Pío VI sucedió Pío VII; á un mártir otro mártir; pero á un Papa otro Papa.

El empeño de Mr. de Bismarck es el empeño de Napoleón I; mas el canciller federal no para mientes en que á Napoleón I, encerrado en la roca de Santa Elena, le atormentaba el recuerdo del «pobre viejo del Vaticano.»

..

Terminada ya, en la Asamblea francesa, la discusión de la totalidad del proyecto de ley de impuestos sobre las primeras materias, el asunto capital es el tratado celebrado con Alemania para que el ejército de ocupación salga del territorio francés.

La prensa de París acaba de traernos el texto del mismo, y el proyecto de ley presentado por M. Remusat, ministro de Negocios Extranjeros, á la Cámara, pidiendo la ratificación de dicho tratado.

Según éste, medio millar de francos deberá pagar la Francia en el término de dos meses, á contar desde la fecha de la ratificación, y los departamentos del Marne y Haute-Marne serán evacuados quince días después; el segundo millar será pagado el 1.º de Marzo de 1873; un millar, en igual día del año siguiente, y los alemanes saldrán inmediatamente de los departamentos de los Vosgos y de las Ardenas; el tercer millar, por último, y los intereses compuestos, el 1.º de Marzo de 1875, y al pago seguirá la evacuación de los departamentos del Meurthe y del Meuse, y de la fortaleza de Belfort.

Además, el gabinete de Berlín exige que Francia no pueda tener en dichos departamentos otras fuerzas militares que las necesarias estrictamente para mantener el orden, ni podrá construir ni reparar las fortificaciones ántes de la evacuación completa.

Grave carga se impone la Francia, para perder de vista á sus eternos enemigos, los vencedores en Sedan y en París; mas M. de Remusat ha anunciado á la Cámara que el éxito está asegurado por la vitalidad del crédito, áun después de tantos desastres.

..

En medio de las complicaciones políticas que existen sobre el tapete diplomático, todavía tienen excelente hu-

mor algunas naciones para entregarse por completo á grandes fiestas.

En primera línea figuran los Estados Unidos.

Allí, en el mundo nuevo que aspira á humillar al mundo viejo, lo mismo en las discusiones de *imbroglios* como el del *Alabama*, que en asuntos musicales y coreográficos, se ha despertado un verdadero *furor* por escenchar los apasionados cantos de las más celebradas *virtuosas* de Europa.

La Adelina Patti, la Nilson, la Luca, han atravesado el Atlántico para visitar á los despreocupados ciudadanos de la república norte-americana, y ellos, satisfechos de tal predilección, que aceptan sin vacilar por la parte más noble, aplauden con entusiasmo á las *díscas* europeas y les llenan de *dollars* sus gabetas.

Los *yankees*, padecen una fiebre aguda de *diletantismo*.

En Boston se prepara un concierto monstruo — ó *monstruoso* — en el cual 2.000 violinistas, 5.000 sopranos, y otros tantos miles de tenores, cantarán los himnos nacionales de casi todas las naciones del universo, desde la *Marsellesa* que oyeron en el combate de Marengo los soldados de Napoleón I, hasta el famoso himno español con que solemnizaron las Cortes de 1822 la entrada de don Rafael del Riego en la villa y corte de Madrid.

Pero la municipalidad de Boston no está contenta todavía, y se dice que invitará á todos los concurrentes á unir sus voces á las de los coristas — de manera, exclama muy satisfecho un diario de aquella población, que resonarán en los aires los acordes de 50.000 cantantes.

Afortunadamente, en Boston hay muchos depósitos de algodón en rama, para que cada uno de los concurrentes al gran festival pueda ir preparado contra un ataque tan directo é inevitable á los órganos auditivos.

..

También en Munich, la capital de Baviera, ha habido un noble pagilato artístico — permítase la frase — que dejará deliciosos recuerdos en las personas que lo presenciaron.

Allí reside el abate Listz, el celebre pianista que aboga sus pasiones dentro de la sotana del clérigo católico, y recibió una visita inesperada del no ménos celebre pianista M. Rubenstein, su amigo querido desde la infancia.

Era de noche, y la plaza donde se halla situada la habitación del abate, estaba llena de gentes que anhelaban oír á los dos inimitables profesores: Listz y Rubenstein accedieron, y torrentes de armonía brotaron por espacio de tres horas.

¡Ay! Al día siguiente partió para Londres M. Rubenstein, y su amigo Listz quizás murmuraría, al verle partir, con melancólico acento: — *El ego in Arcadia!*

..

Primero, la declaración de los conservadores; después el decreto de disolución de las Cortes, y convocatoria de otras ordinarias; luego, la reunión de los republicanos intransigentes, que hicieron declaraciones inesperadas y enojosas, y amenazas espeluznantes; en seguida, el acto de audacia y de bravura realizado por una partida carlista de la provincia de Tarragona, al mando del infortunado Francesch; ayer, el manifiesto de las mayorías de las Cortes disueltas; y mañana, en fin, nueva manifestación de los republicanos *intransigentes*, y anuncios, ojalá no se resalten, de graves trastornos.

Allí está la crónica de la semana: ella es breve, pero bien significativa y abundante en novedades políticas y belicosas.

¿Y después?

Ese después está cada día más nebuloso.

..

El día 9 del actual, siguiente al en que verá la luz pública este número, se celebrará una brillante función lírico-dramática en el teatro del Buen Retiro, organizada por las piadosas señoras que han contribuido con sus limosnas y con su celo á la edificación del nuevo templo del barrio de Salamanca, y con el laudable objeto de invertir sus productos en beneficio del mismo.

Se pondrá en escena la aplaudida obra del señor Liern. *El teatro en 1876*, y baile, y es casi seguro que asistirá una concurrencia numerosa y distinguida, para ofrecer su óbolo á la benéfica empresa á que tratan de dar cima felices esas católicas damas madrileñas.

No concluiremos sin manifestar que hemos recibido, y leído con gusto, una *Memoria* redactada por don Rafael Hernando, secretario general de la Sociedad artístico-musical de Socorros mútuos, y la cual demuestra cumplidamente el estado de prosperidad en que se halla una asociación tan benéfica.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

6 de Julio de 1872.

—\*—\*—

## EL VALLE DE MAÑARIA.

## I.

Al recibir el número XXII (del año 1872) de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, encuentro en su primera página un grabado que representa el agreste paisaje en que se cobija la humilde anteiglesia de Mañaria, teatro del hecho de armas quizá más notable y trascendental ocurrido desde el 20 de Abril en que se inició la sublevación carlista, hasta el 24 de Mayo en que el general Serrano conferenció en Amorebieta con la diputación á guerra de Vizcaya. El grabado es bueno, por cuanto representa con la exactitud posible en trabajos de esta naturaleza improvisados, la fisonomía topográfica de la localidad; pero falta en él lo que falta aún en las mejores fotografías: el alma, lo inmaterial, que no está al alcance del lápiz, y si solo, y hasta cierto punto, al alcance de la pluma. Ocúrreme probar si puedo completar con la pluma la obra del dibujante y el grabador, y me animan á hacer esta prueba tres cosas: primera, lo mucho que se viene hablando y se hablará aún de la acción de Mañaria; segunda, lo poco, y aún eso inexacto ó disparatado, que con motivo de aquella acción se ha dicho de aquel singular rincón de Vizcaya (1); y tercera, la circunstancia de conocer aquella comarca como si hubiera vivido siempre en ella.

## II.

La villa de Durango dista de Mañaria una legua, que se recorre por una excelente y llana carretera abierta entre caserías y heredades cuidadosamente cultivadas como todas las de Vizcaya. Situada en una de las llanuras más extensas y hermosas del país, empieza en ella un vallecito con dirección á Mediodía, y este vallecito termina en Mañaria, como se ve en el grabado, porque allí los altísimos y peñascosos montes de Iñuengana (los del fondo), de Uncillach (los de la izquierda) y los de Santa Lucia (los de la derecha), obligan á la carretera á trepar dando rodeos por la cuesta de Urquiola, oculta en el grabado tras el peñasco de Uncillach. Desde Durango no se ven materialmente la iglesia de Mañaria y las casas que inmediatamente la rodean, pero si casi todo el valle, y desde su base los montes y peñascales á cuyo pié se esconden la aldea con que termina. Por este valle baja á Durango un riachuelo que procede principalmente de Iñuengana y de una fuente muy caudalosa que brota en el mismo Mañaria entre rocas calcáreas, bajo unos nogales, á orilla de la misma carretera (que es la que recorre las once leguas que median entre Bilbao y Vitoria). Este río, que tiene á su izquierda las heredades, las caserías y la carretera, y á su derecha colados cubiertos de arboleda, y cuya base está en la misma orilla, este río da movimiento desde Durango á Mañaria á diez ó doce ferrerías y molinos. La fisonomía general del valle que llamaremos de Mañaria (aunque fuera más propio llamarle de Izurza, que cae en su centro) es deliciosa, y ciertamente cuando se le contempla con los ojos del poeta y del artista, solo imágines de paz y no de sangre y exterminio como en el se ofrecieron pocos días há á nuestros hermanos de ambos bandos, se ofrecen á los ojos y el corazón del que le visita. Allá en el límite, altos y quebrados peñascales, donde alterna la verdura de la vegetación con la blancura de las rocas calcáreas; en las vertientes de ambos costados, hermosas y lozanas arboledas, que cuando se interrumpen es para mostrar una pacífica casería rodeada de unas cuantas heredades orladas de frutales y en todo tiempo engalanadas con la verde esperanza ó la dorada realidad del labrador, y en el fondo el río que se inquieta y ruge de trecho en trecho al ver coartada su natural libertad por la ferrea tiranía de la industria, la antigua y salvaje *ibar*

(ribera, de *ibar* ó *ibai*, río, y *arra*, nota de procedencia), convertida en feraz tierra labrantia y salpicada de caserías, ora amorosamente ceñidas por la hiedra, ora embellecidas con la blancura de la inocencia, ora consagradas con el musgo y las grietas de los siglos, ya ostentando sobre su puerta el noble escudo de los Echaburus, ya, en fin, haciendo á mi pobre musa campesina llamar á los jardines de Arana

suma del Eden y copia.

## III.

Volvamos á Durango y recorramos todo el vallecito hasta llegar á Mañaria, y no contentos con haberle recorrido y haber dicho algo de lo que en él haya llamado nuestra atención, subamos la larga cuesta descansando de cuando en cuando á la sombra de las bayas y los robles, y no nos detengamos hasta entonar el

Aitá San Antonio

en el insigne santuario de Urquiola.

Durango se designa hoy impropia mente con este nombre: el antiguo de la villa era Tabira de Durango, y por último ha prevalecido exclusivamente este último, que comprendía ántes toda la comarca llamada hoy Duranguesado. Cuando el señorío de Vizcaya se incorporó á la corona de Castilla en el último tercio del siglo XIV con motivo de haber heredado aquella corona su Señor el infante don Juan, que reinó con el nombre de don Juan I, la villa se llamaba Tabira de Durango. Se sospecha que cien años ántes la hubiese fundado don Diego Lopez de Haro el Bueno, pues éste le daba el nombre de Villanueva de Tabira, lo que es casi seguro indicio de que la villa estaba recién fundada.

Sea cual sea el origen de la villa de Durango, lo cierto es que esta villa es pueblo muy notable en muy diversos conceptos, y particularmente en el histórico-arqueológico. La misteriosa escultura de Miqueldi, que á tantas controversias ha dado ocasión desde que el docto padre Florez, ateniéndose á informes inexactos, la calificó de idolo cartaginés, la iglesia de Santa Maria de Urribarri, cuya torre es la del homenaje de la ilustre casa solar de Arandoño; la cruz monumental de Curutziaza, poema de piedra de la religión cristiana; las singulares esculturas de la torre de Láriz, donde se hospedó doña Juana la Loca; las ruinas de Bostecheta, antiguo consistorio de la merindad; el portal de Santa Ana, y las curiosidades históricas de San Pedro de Tabira, bastan por sí solas para excitar vivamente el interés del viajero aficionado á los recuerdos históricos, aparte del que inspiran el carácter hospitalario, expansivo y honrado de los durangueses (1), la animación y la vida que caracteriza á la villa, y la hermosura de muchos de sus edificios, tales como el palacio del señor don Antonio de Arguinzoniz, visitado en 1865 por S. M. la reina doña Isabel II, y las casas de Iturriza, de Olalde, de Jáuregui, de Echazarreta, de Ampuero, de Castejon y de Orue, residencia estas dos últimas del pretendiente don Carlos en su larga permanencia en Durango durante la guerra civil de los siete años.

Dejemos aquella hermosa villa para seguir valle arriba desflorando, digámoslo así, los recuerdos históricos que el valle encierra, porque no bastaría un número entero de LA ILUSTRACION para recopilar todo lo digno de mención que encontramos en *Tabira noble y leal á la corona real*, como dice el mote de las armas de la villa, visitada y amada de muchos de los monarcas castellanos así que Vizcaya vino á ser uno de los más preciosos florones de su corona.

## IV.

Yendo río arriba, á doscientos pasos de los muros de la villa, hay una humilde casa modernamente reedi-

(1) El señor García Reina, jefe de uno de los cuerpos militares que tomaron parte en la acción de Mañaria, y herido en la misma acción, ha hecho justicia al noble pueblo de Durango, encareciendo públicamente la generosa y cristiana solicitud con que acudió á consolar y auxiliar á los heridos conducidos por las tropas al hospital de la villa. Cualquiera que sea la opinión política de los durangueses, nadie les puede negar la caridad y la nobleza, que están en ellos muy por encima de las miserias de partido.

ficada, si bien conserva la parte baja de sus antiguos muros. Aquel edificio guarda memorias muy tristes. A mediados del siglo XV apareció en Durango, y se hospedó en aquella casa, un fraile llamado Alonso de la Mella, hermano del obispo de Zamora y procedente de Aneona. Dedicóse á propagar la secta herética de los begardos ó *fratrichelos*, y logró seducir á veinte ó treinta mujeres y algunos hombres; pero descubierta su inmoral propaganda por la Inquisición, huyó, y pagaron con la vida ó con la expatriación su extravío los que se habían dejado seducir por él. Es fama que los procesos formados con tal motivo permanecieron sellados y pendientes de una cuerda en la iglesia de Santa Maria hasta el año 1823, en que un alcalde de la villa los hizo desaparecer, creyéndolos ocasión de disgustos para el vecindario. El autor de este artículo posee notas de los nombres que figuraban en aquellos procesos; pero se ha guardado siempre, y se guardará, de lanzarlos al viento de la vana curiosidad.

Cerca de la casa del heresiarca está la iglesia de San Pedro de Tabira, que la tradición asegura ser el primer templo erigido en Vizcaya al cristianismo, y frontera al templo conserva una humilde casería los restos del palacio de los señores del Duranguesado, que estuvo separado del Señorío de Vizcaya por espacio de ciento catorce años, y se reincorporó á él en la última mitad del siglo IX despues de la batalla de Arrigorriaga, de que ahora hablaremos. El templo actual no tiene la antigüedad que se atribuye á su erección, pues los detalles arquitectónicos de carácter más antiguo que en él se conservan, pertenecen al arte ojival.

La tradición asegura que bajo las losas del pórtico de Tabira existen los huesos de don Manso ó don Nuño Lopez, segundo señor de Vizcaya é hijo de Lope Fortun, más conocido por Juan Zuria (el señor Blanco), que se mandó enterrar allí porque en aquel templo había sido bautizado.

Bajo el coro de la iglesia de San Pedro había dos antiquísimos sepulcros que encerraban las momias de Sancho Estiguiz y su mujer doña Tida. Abiertos estos sepulcros durante la guerra civil de los siete años, las momias fueron maltratadas por la soldadesca; pero hoy yacen juntas en uno de los sepulcros. La del varón se conserva sin graves deterioros, y tiene en el coronal una abolladura, que se supone ser la herida que Sancho Estiguiz recibió en Arrigorriaga. Sancho Estiguiz, señor del Duranguesado, acaudillaba en aquella batalla á los vizcainos en unión de Lope Fortun. Herido de muerte en la pelea en que el ejército leonés que había invadido á Vizcaya fué derrotado, muriendo su caudillo Ordoño ú Odoario, cuyo sepulcro se conserva en Arrigorriaga, dispuso que su hija y heredera Dalda casase con Lope Fortun, como así se verificó; y elegido éste señor de Vizcaya, el Duranguesado volvió á incorporarse al estado vizcaino.

## V.

Siguiendo valle arriba, encontramos inmediatamente la modesta república de Izurza. En las alturas que la dominan por Occidente se han descubierto estos últimos años sepulcros cuya existencia en aquellos sitios no es difícil explicar. En la casa consistorial de Izurza se conserva la piedra más notable hallada en estos sepulcros; pero los restos de una inscripción que se descubren en ella no dan la menor luz para ver claro en este misterio. En la colina de Donemeta, donde se descubrieron, no hay memoria de que haya existido templo alguno; únicamente este nombre de Donemeta hace sospechar que le haya habido, suponiendo que sea contracción de *Donemuneta*, cuya traducción es *colina del santo* (de *done*, santo, *mun*, colina, y *eta*, nota de localidad).

Pero otra cosa más curiosa que ésta encontramos en el confín de las repúblicas de Izurza y Mañaria. A la derecha del camino, á cien pasos de éste, en la falda de una cañadita cultivada, bajo unos terribles peñascales y sobre unas rocas, se ve una torre vestida de hiedra y rodeada de maleza. Aquella es la torre de Echaburu, nombre cuya traducción es *casa cabezaleva*. Se necesitaría un abultado volumen para referir

(1) Un corresponsal (que fechaba su carta en Mañaris) empujado por decir que los habitantes de Durango habían engañado á las tropas diciéndoles que no había por allí carlistas, y luego añadía que despues de dos horas de penosa marcha, las tropas se vieron de repente atacadas. Así conocía el corresponsal de Durango y Mañaria, como á la lengua castellana otro corresponsal de un periódico francés, que describiendo otra acción, decía: «Cuando Don Cabecilla notó el movimiento de la columna, etc.»

todo lo que la tradición y la historia cuentan de aquel edificio. Refieren los historiadores que en tiempo del emperador romano Antonino Pio, estaba consternado el Duranguésado porque de una caverna salía un

cible repugnancia á todo lo lóbrego y misterioso; pero viendo á los muchachos de la torre penetrar en ellas y salir por el lado opuesto, les interrogué, y me contestaron que la única dificultad que habia en penetrar

VI.

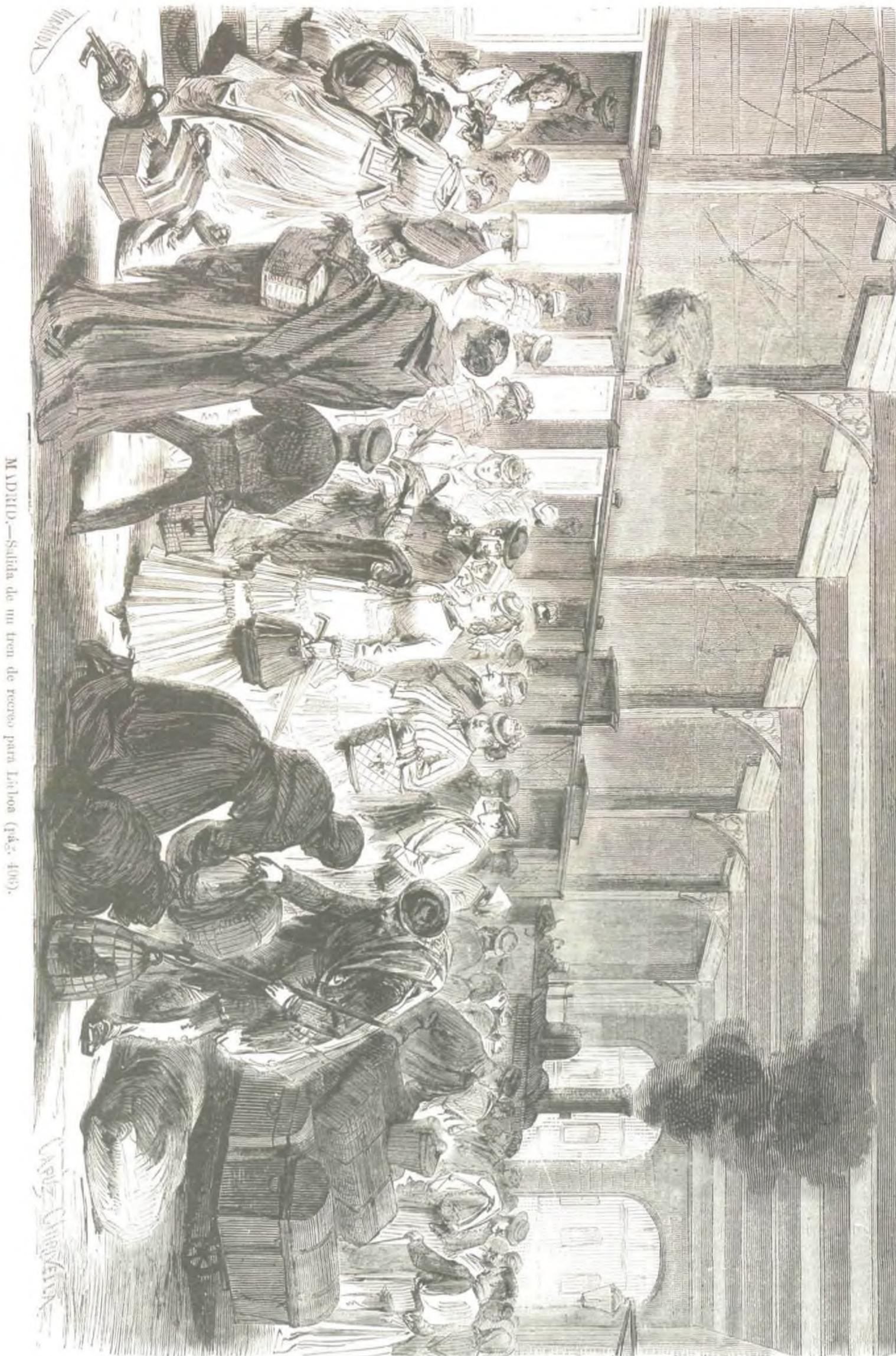
Ya estamos propiamente en Mañaria, cuyo nombre es en mi concepto corrupcion de Mararria, que equi-

vale á limite ó frontera pedregosa, de *mar*, limite ó frontera, y *arri*, arriera (la *a* es característica de apelativo), piedra, porque en efecto aquella altísima cordillera pedregosa que domina á Mañaria es el limite natural del Señorío. Más al Oriente, bajo la misma cordillera, está Marzana, cuya radical es asimismo indicio de limite, como lo es la de Marquina del confin de Vizcaya con Guipúzcoa. No faltará quien crea que el nombre de Mañaria es modificación de Mane-arria y debe traducirse por pueblo donde se labra con destreza la piedra de *mane*, *mane-a*, destreza, y *arri*, *arri-a*, piedra; pero tengo por infundada esta opinión, por cuanto ántes de darse la importancia que hoy tienen á las canteras de Mañaria, ya existía este nombre. Algo más fundada sería la sospecha de que sea *Mar-arria* (limite del llano de *mar* limite, y *ar*-, arri llano.

Mañaria no ofrece gran interés al arqueólogo. Casi todos sus vecinos son dueños de la casa en que viven y la hacienda que explotan. Gente sencilla, trabajadora y buena, han debido estremecerse de horror al ver correr la sangre por sus ántes

apacibles campos y peñascales. Las canteras de mármol de Mañaria son riquísimas. En 1751 se llevaron de ellas para la capilla del palacio real de Madrid 22 columnas de una pieza, que median ántes de des-

vastarse 24 piés de alto por 5 de circunferencia. To-



MADRID.—Salida de un tren de recreo para Liria (pág. 400).

1895 CHOCARIN



Emmo. señor don fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo (pág. 410).

W. H. & A. CO. N. Y. & L. O.

davía subsiste allí una que, encontrándola algo defectuosa, se la abandonó, y hecha una estría en toda su longitud, sirve de canal para conducir un arroyuelo á una huerta, lo que ha dado motivo á los mañaríes para decir que aquella columna llora perpétuamente porque no la llevaron á Madrid como á sus compañeras.—Pues hace mal en llorar por eso, contesté yo á los mañaríes cuando esto me dijeron.

Mañaria es afamada en Vizcaya por sus ricas guindas y cerezas, y á pesar de estar en una especie de caverna donde apenas le da el sol, es pueblo admirablemente sano.

La iglesia parroquial de Mañaria se fundó hácia el siglo x por los labradores; se reedificó en 1551, y se amplió y dotó de alta y hermosa torre de 1859 á 1862. Los mañaríes no miran con indiferencia las reliquias de la antigüedad como los moradores de otros pueblos: prueba de ello son algunas antiguallas que conservan en su templo, y algunos detalles arquitectónicos románicos y ojivales de las fábricas antiguas que han incrustado y conservado en la moderna.

La veintena de casas que rodean la iglesia son la parte menor de las de la jurisdicción, que tiene su principal caserío disperso por toda ella. Pasan de cien vecinos los que Mañaria tiene, y en su jurisdicción existen casas solares ilustres, como las de Mañaria, Arana, Garay, Arriaga, Bizcárra, Legórrreta y Guereña, que han producido varones ilustres, entre ellos el sabio agustino Juan de Elacuriaga, obispo electo de Jaca en el reinado de don Fernando VI.

#### VII.

Nos hemos propuesto no terminar nuestro paseo por el valle de Mañaria sin subir al santuario de Urquiola, que le dominaría materialmente si no por aquella Peña de Ucellach, cuya cima nos le oculta en el grabado, como religiosamente le domina, y no debemos desistir de nuestro santo propósito.

La carretera de Vitoria empieza á trepar desde la plaza misma de Mañaria, y al cabo de media legua de andanza, gana la empinada cuesta y descubre el santuario de *Aita San Antonio*, que, como ha dicho mi montesina musa, es

Santuario tan venerado  
diez leguas á la redonda,  
que sabe Dios si le igualan  
los de Aranzazu y Begonia.

De los materiales que tengo reunidos para escribir la monografía de aquel afamadísimo santuario, resulta lo que voy á resumir en pocos renglones, ó mejor dicho, lo que ya resumi en *El Libro de las montañas*, compuesto casi de memoria, recorriendo las del Duranguesado.

En el siglo xiii había en el terrible peñascal de Urquiola, paso de Álava á Vizcaya, una hospedería bajo la protección de San Antonio Abad, y servida por algún piadoso eremita. El santo portugués que hoy se venera en los altares con el nombre de San Antonio de Padua, andaba entonces por el mundo asombrándole con su santidad y sus milagros. Su abuela materna era hija de la casería de Arbina, en la república de Pederuales, y el santo vino desde Tolosa de Francia á visitar á sus parientes de Arbina, con cuyo motivo se hospedó en el albergue de Urquiola. Vuelto á Padua, falleció allí en 1231, y fué canonizado once meses después por el papa Gregorio IX. San Antonio de Padua era (y permítaseme esta profana expresión) el santo de moda á poco de canonizado, y en todas partes se le erigían templos. La circunstancia de haber santificado con su presencia la hospedería de Urquiola, fué razón más para que se le diese allí culto, á la par que á San Antonio-Zorra (á San Antonio el viejo), como llaman nuestros piadosos y sencillos montañeses á San Antonio Abad, y de aquí la celebridad del santuario de Urquiola, que ya era grandísima en el siglo xv.

Casi todos los días festivos del año, aun en el tiempo más crudo, hay peregrinos en él; pero es indescribible, es inmensa la concurrencia de gentes de todas las provincias cantábricas que el 13 de Junio pueblan las montañas de Urquiola, donde millares de romeros entonan esta popularísima canción:

Aitá San Antonio  
Urquiola, acóren  
ascóren biotzeco  
santu devotuá.  
Ascoc eguiten dio,  
San Antoniori,  
egun batian juan  
bestean etorri.

cuya traducción literal es:—«El padre San Antonio de Urquiola es santo á quien tienen devoción muchos corazones. Muchas gentes visitan á San Antonio, yendo un día y tornando al siguiente.»

#### VIII.

El valle de Mañaria fué teatro de una de las más sangrientas y gloriosas batallas con que Vizcaya rechazó á los agarenos de sus fronteras, que al fin no lograron traspasar. Mi pobre, pero patriótica y entusiasta musa, no podía menos de cantarla, á pesar de sus escasas aficiones bélicas, al recorrer aquel valle, y hé aquí una muestrecilla de cómo la cantó:

«Ben-Hamet, caudillo moro,  
muy afamado y temido,  
juntó sus feroces hordas  
esparcidas por los ricos  
campos de Rioja y Navarra,  
y de repente, cual río  
furioso que no da tiempo  
para atajar su camino,  
rompió por los llanos de Álava  
con salvaje vocerío.  
Sobre Gorbea y Ambato  
sonaban en tantos gritos,  
y se alzaban humaredas  
que anunciaban el peligro,  
y á los valles de Tabira  
volaban cuantos patrios  
manejar podían hacha,  
ó espada, ó lanza, ó cuchillo,  
ó honda, ó guadaña, ó ballesta  
con que herir al enemigo,  
y acandillando la hueste  
popular iban los cinco  
valientes *echeco-jánuac*  
de Alcoeta, Andramendico,  
Urate, Urtaibai, é Ibargeñen,  
que eran los cinco Merines.  
Por el peñascal de Urquiola  
con aterrador rugido  
lanzábase el mahometano,  
esparciendo el exterminio,  
al valle donde subsiste  
el primer templo erigido  
en la piadosa Vizcaya  
á la fé de Jesucristo,  
y en vez de encontrar allí  
corderos asustadizos,  
encontró fieros leones  
al combate apercebidos.  
Sangrienta fué la pelea,  
y el triunfo difícilísimo,  
que aun aquí las madres cantan  
cuando arrullan á sus hijos  
que muchos días en sangre  
corrió el Ibaizabal tinto;  
pero Dios con la victoria  
coronó al fin al más digno,  
pues, tras dos días de lucha,  
y muerto el infiel caudillo,  
los bárbaros invasores  
huyeron despavoridos,  
y muy pocos consiguieron  
la salvación fugitivos,  
que en los campos de Ochandiano  
les cortaron el camino  
vizcainos y alaveses,  
siempre á morir decididos  
antes que la media-luna  
se entronizase en los picos  
donde el águila romana  
no pudo labrar su nido.»

ANTONIO DE TRUERA.

#### LOS TRENES DE RECREO.

Veranear: esta es la palabra que más veces pronuncian los madrileños, desde que empiezan á dejarse sentir los calores del estío.

Y tomándola en su acepción más vulgar, es de rigor que unos se dirijan al extranjero, siquiera á las provincias españolas del Norte, y otros se oculten por espacio de dos meses, cuando menos, en los cercanos pueblos de Vallecas ó Pozuelo, aunque luego refieran maravillas de sus viajes por las montañas de Suiza ó por los valles pintorescos del Rin.

Los trenes *express* conducen rápidamente á unos, y los trenes *económicos*, de *placer*, de *plaza fija* (ó como quiera

llamárselos) á los demás, que no llegarán muy satisfechos á los puntos de su destino, después de las peripecias que suelen sufrirse en tales viajes.

A mediados de Junio comenzaron este año las expediciones económicas á Lisboa, y excusado es decir que muchos *veranadores* madrileños se dirigieron á la capital del reino lusitano, incitados por la novedad, más que por el deseo de librarse de los rigores del verano.

La estación del ferro-carril del Mediodía, en los preciosos momentos de partir uno de dichos trenes, es el asunto que ha dibujado el señor Miranda para la pág. 404 de este número.

#### EL PLANETA CÉRES.

##### CARTA DE OTRO MUNDO.

¿Por qué extrañas y sobrenaturales circunstancias Floralvo, antiguo habitante de nuestro misero planeta, había trocado la mezquina habitación de este mundo por un átomo más exiguo de los que pueblan el espacio? El mismo nos explicará el misterio: entre tanto, conste para satisfacción de los que desde Pitágoras á Mr. Flammarion han rendido culto á la hipótesis de una serie de existencias más ó menos perfectibles inherentes á la naturaleza del alma inmortal, que Floralvo, después de haber vivido en esta irregulable esferoide donde hay momentos en que llegaría á perderse toda noción de orden y de gobierno á no ser por la inmutabilidad de la ley eterna que le mantiene y le dirige á través de la inmensidad, había trasladado su residencia á una fracción de mundo que por efecto de un ignorado cataclismo tuvo que desmembrar, desgranándose por el espacio, su original autonomía y su cómica integridad.

Al trasladarse al mutilado planeta Céres, Floralvo no había mejorado de alojamiento, lección que enseña á los que ponderan los progresivos destinos del alma trashumante, que ésta no siempre sigue una escala ascendente en el orden de sus transformaciones.

Floralvo había dejado en la tierra un amigo con quien había compartido las dichas y los dolores de su primera existencia; un alma con quien había confundido sus entusiasmos y sus aspiraciones. Juntos habían rendido culto á las musas en aquellos tiempos remotos en que la trompa robusta de Quintana empezaba á turbar la bucólica somnolencia de sus consocios los Arcades de Roma; juntos habían combatido por su independencia en los campos de batalla. La ciega fortuna no había, sin embargo, renovado en estos dos inseparables amigos los épicos destinos de Niso y Eurialo: una bala francesa había cortado a flor, en los campos de Bailén, los entusiasmos poético-patrióticos de Floralvo, y el desgraciado Corintio hubo de resignarse á hacer á su amigo los honores de la inmortalidad, consagrando á su memoria algunos centenares de versos blancos, inocentes de toda poesía.

Se engañan los que presumen que la amistad es una hipocresía característica de nuestro planeta. Floralvo, á pesar de su naturalización en otro mundo, no olvidó nunca á los indios, y á la vuelta de muchos años pudo aprovechar una remotísima probabilidad de comunicarse á su amigo las impresiones de su nueva existencia y demostrarle la impermeabilidad de su afecto de ultratumba.

Un día, pues, el habitante del planeta Céres tomó resueltamente la pluma y escribió al más querido de los Arcades lo que al pie de la letra transcribimos.

«Inolvidable Corintio: no sé si vuestra ciencia terrestre habrá explicado ya el misterio de los aerolitos, mas por si no habeis entrado aún en posesión de este secreto, debo decirte que esos pedazos de materia cósmica no son sino los instrumentos, hasta hoy muy inseguros, de que se valen sin duda algunos átomos del espacio, y entre ellos el que yo habito por ahora, á fin de establecer entre los cuerpos del que en el bárbaro lenguaje de la ciencia humana se llama sistema planetario, un medio cualquiera de comunicación. Aprovechando, pues, la salida de uno de estos cuerpos aventureros, te dirijo esta carta á Dios y á la ventura, con la esperanza, á la verdad muy efímera, de que el primero que dé con ella la hará llegar á sus manos, si no tiene la mala suerte de recibir el correo en la cabeza.

Otra duda me asalta al escribirte estas líneas. ¿Vives? ¿Estás aún en la tierra? ¿Has cambiado, como yo, ese vivero que nos vió nacer por alguno de los infinitos astros que pueblan el espacio? Comprendo, amado Corintio, que cada una de mis palabras debe ser para tí un enigma indescifrable, y antes de pasar adelante debo descubrirte el secreto de mi nueva existencia.

No es posible que se haya borrado de tu memoria el recuerdo de las últimas horas que hemos pasado

juntos en ese mundo. Era el día 16 de Julio de 1808; el entusiasmo de la juventud nos había conducido á los campos de Bailén. ¿Qué mucho? Teníamos veinte años; éramos poetas, y el patriotismo, en aquellos días de memoria imperecedera, penetraba en las venas como una fiebre contagiosa. ¡Qué espectáculo aquel, amado Corintio! Como leones peleábamos por nuestra santa independencia; y cada vez que pasaba una bala silbando sobre nuestra cabeza, ó caía á nuestro lado un compañero, yo gritaba con Horacio: *Dulce et decorum est pro patria mori*, y tú me respondías con Plauto: *Qui per virtute pirata, non interit!*

En esto acertó á pasar una bala de cañon, y se me llevó la vida juntamente con el brazo izquierdo. La inmortalidad que me prometías bajo la fè del poeta latino, empezaba para mí: con todo, esta consideracion no me consolaba de la inoportunidad con que el proyectil enemigo venia á arrancarme de la escena, en el propio momento en que íbamos á agitar la palma de la victoria, y con ella el simbolo de regeneracion de la sociedad española. Partíme á disgusto de ese mundo, y bajé á los reinos de Pluton, no sé si por mundo ó por libertador de la patria; el hecho es que el poeta ó por profundo, á cuya presencia fui conducido por el sombrío introductor, en oyendo mis cualidades de poeta y de patriota, volvióse á no sé qué funcionario que esperaba sus órdenes, y le dijo:—Mucho humo trae este difunto en la cabeza: que le lleven á ventilarse á uno de los cuatro cuartos del planeta roto donde suelo alojar á los mutilados que pasan la laguna.

Dicho y hecho: una paloma que me parecía la de Arcitas, porque otro animal de esta especie, como simbolo de la inocencia, era imposible que estuviera en los infiernos, con el pico me asió de la coleta, y de la primera arrancada dió conmigo en el planeta Ceres. Y aquí me tienes, amigo Corintio, hecho un filósofo, tomando parte activa en la comedia de este mundo nuevo, y pensando á ratos perdidos en la inestabilidad de los entusiasmos terrestres. Con todo, si he de ser franco, te confesaré que en medio de esta vida cereal, tan culta, tan civilizada, y en la que se agitan tan múltiples intereses, me apesadumbra á veces la idea de no haber podido presenciar contigo el hermoso espectáculo de la regeneracion de la patria, que ha debido ser el resultado y el galardón de tantos heroicos sacrificios.

¡Qué gozo para ti, si vives, amado Corintio! Porque al fin nuestras ilusiones se habrán realizado: España será feliz y respetada; la sangre de sus hijos habrá hecho fructificar todas las libertades; la prole feliz de los héroes del Dos de Mayo habrá heredado y acrisolado las virtudes cívicas de sus padres, y desde aquí me parece que estoy viendo una pléyade brillante de hombres de Estado, atentos á labrar la felicidad de los españoles... ¡Qué glorioso torneo, amado Corintio! ¡Yo, que he derramado mi sangre en la conquista de esa nueva Tebaida, no he tenido el consuelo de seguir paso á paso y capitulo por capitulo la historia gloriosa de nuestra regeneracion! ¿Qué digo seguir? Ni siquiera de oídas conozco el fin de tan grandiosa epopeya. ¡Oh, Corintio! ¡Oh, amigo mio! por nuestra santa y nunca turbada amistad te lo ruego: quíbrale un brazo al primer mal poeta que se tope contigo, si alguno queda en España, y mucho será que ó por mutilado ó por insulso versificador no me lo mande á Ceres el amigo Pluton, y pueda yo satisfacer mi justa curiosidad.

Te lo repito, amigo mio; no soy ya extraño á los intereses de la vida cereal: he tomado perfectamente la tierra, y navego con bastante destreza por el maremagnum de este mundo nuevo. Pero esto no me impide conocer sus defectos. Uno de los más graves es la política: la ciencia de gobernar, aunque anda en manos de todos, está muy lejos de ser un elemento de gloria y prosperidad para la familia cereal, si bien es verdad que las industrias particulares explotan con muy buenos resultados esta conquista de la civilizacion. Montesquieu me parece que ha de ser el que pregunta en son de duda si el arte de la política ha dado á las sociedades modernas una historia más bella que las de Grecia y Roma. Lo que pasa en este pedazo de planeta convida á resolver en negacion rotunda la duda de Montesquieu, mayormente si se considera que nosotros, los hijos de la tierra, debimos el Dos de Mayo á un completo naufragio de la política. Por lo demás, los cereales son una nacion magnánima, generosa, paciente, capaz de todas las virtudes sociales; pero, amigo mio, no has visto nunca colmena más desordenada, ni más plagada de zánganos. El peor de los males que afligen á esta familia consiste en que la mitad del planeta se empeña en hacer feliz á la otra mitad, conduciéndola en cueros á un paraíso, donde

tengo para mí que muy pronto no ha de encontrar ni manzanas con que ofender á Dios.

Y lo raro del caso es que habiendo aquí tanta política, haya tan poca urbanidad. No puedes imaginar, amigo Corintio, hasta qué punto anda aquí por las nubes esa especie de papilla ó primera nutricion de toda sociedad culta. No parece sino que para los cereales la mala crianza sea una condicion esencial, ó cuando ménos una consecuencia inevitable del progreso. No necesito ponderarte lo que esta desafinacion de las cuerdas destinadas á producir aquellos dulcísimos acordes que son el encanto más bello de la vida social, tendrán de incómodo y despacible para el hijo de un pueblo cuya cualidad distintiva ha sido en todos tiempos la cortesía. Discurriendo sobre las causas de este insoportable contrasentido, no he podido nunca atribuirle sino á la ley de las compensaciones: y en efecto, ¿á dónde conduciría á los cereales una exuberancia de política como la que perturba todas las regiones del planeta, si con este fenómeno terrible no coexistiera una impolítica no ménos formidable en su fuerza de expansion?

Reina por acá otro vicio muy conocido, y del que á mi ver están plagados todos los mundos habitables que pueblan el espacio: me refiero á aquella incorregible *fames sacra auri* de que ya en remotos tiempos se condolían nuestros grandes poetas, y que ha servido de tema á nuestros compañeros los Arcades de Roma para escribir en prosa y verso tantas y tan sublimes tonterías. En este punto me doy á entender que reina una profunda identidad de gustos en todos los planetas del sistema: el metal acuñado es objeto de un culto más universal de lo que siempre hemos creído, y ahora me parece comprender la causa de aquella armonía de los orbes que percibía Pitágoras en sus horas de filosófica abstraccion: oia contar dinero.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que en este mundo cereal no hay más dios que el oro: el *hambre maldita* se ha extendido por todas las capas sociales y estamos en lo que aquí se llama el siglo de lo positivo; es decir, amigo Corintio, en pleno imperio materialista. Sin embargo, al lado de este fenómeno se verifica otro de muy contraria naturaleza: porque has de saber que por lo regular todos los vicios que fermentan al calor del progreso cereal, revisten el carácter antitético que hemos observado al hablar de la política. Así verás que ese culto entrañable consagrado á lo positivo, y ese desmedido amor á los goces de la materia, vicios inherentes y propicios de una sociedad, muy avanzada en el camino de la corrupcion, van acompañados de su amor á la apariencia y á la exterioridad tan candorosamente cínica y pueril que no te lo puedo expresar con palabras. Y es que en los pueblos como en los hombres, cuando llegan á su decrepitud las pasiones degeneradas, revisten los caracteres de la infancia. Pues bien, amigo mio; los cereales que blasonan de positivistas, se despeitan por colgarse del pecho unas baratijas deshacinadas, restos del gran barato que el siglo actual ha realizado con los despojos de los siglos caballerescos, y agotan la inventiva de la heráldica complaciente en busca debida á los mobiliarios con que coronar el edificio de la fortuna, asentado sabe Dios sobre qué cimientos. Y mira qué extraña flaqueza, amigo Corintio; esa fortuna amasada con tanto tesón y tan sin conciencia las más veces, por amor al positivismo de la vida, no les haría provecho, si despues de labrada no la pusiera bajo la advocacion nominal ó imaginaria de aquellas imágenes simbólicas del blason que despiertan la idea de las más altas virtudes. Así es como en el mundo cereal de hoy en día, el negocio inaprehensivo y triunfante, busca para cubrir la mercancía la vieja bandera de la tradicion. Verdad es que ésta por su parte no siempre se desdena de pedir al negocio los medios de restablecer el deslucido esplendor de sus dorados blasones.

Ya comprenderás que una sociedad en que se agitan intereses tan egoistas, intereses que exigen con frecuencia grandes transacciones con el sentido moral, necesita ante todo abusar del sofisma para dar cierto carácter vago y descolorido á las eternas nociones del bien y el mal. Así ocurre que al llegar á ciertas regiones del mundo cereal el vicio y la virtud pierden sus rasgos notorios y característicos, y penetran en una region crepuscular donde todo es equivoco, confuso y mal definido. En estas regiones se agita la gran familia de las *personas decentes*, es decir, la más enigmática de las agrupaciones sociales que han producido los tiempos desde los augures del mundo antiguo hasta nuestros días. ¿Qué es una *persona decente*? ¿Es un hombre de bien? ¿Es un tuno? No te sabré dar acerca de esto una respuesta concreta, ni creo que ningún sabio de por acá esté más adelan-

tado que yo en la materia. Quizá cuando este elemento social, despues de efectuar su revolucion en los tiempos, pase á ocupar un punto marcado en los horizontes de la historia; quizá entónces, repito, adquiera una fisonomía determinada, susceptible de condensacion crítica y filosófica. Por mi parte me limito á estudiar algunos individuos de la familia, y hasta ahora mis observaciones me inclinan á creer que una persona decente lo mismo puede ser un modelo de perfecciones morales y sociales, que un bribon de siete suelas. Basta que en el comercio superficial de la vida culta no traspase los límites de lo licito, y que á esta condicion más ó ménos ineludible se agregue cierto aliño exterior, para hacer valer en todas partes la condicion mencionada.

Así, pues, amigo Corintio, aunque las partes de ese todo, estudiadas aisladamente, no siempre resisten al análisis, el conjunto presenta una fisonomía tan desnuda de facciones acentuadas, francas y vigorosas, que no parece sino que el genio asociado de este siglo haya confundido, para formarla, todas las tintas de la gran paleta social. Y bien mirado, esta gran aplicacion de la *decentia* á la obra niveladora de los tiempos presentes, puede considerarse como la creacion maestra del progreso cereal. De mi te sé decir, que me asombra el incommensurable equívoco de esa denominacion de *persona decente*, de esa definicion generalizadora que al abarcar todo cuanto vive en la superficie pulida, sin penetrar en el fondo oscuro y misterioso, parece que tienda á colocar bajo el mismo nivel los terrenos altos y las tierras pantanosas de la sociedad.

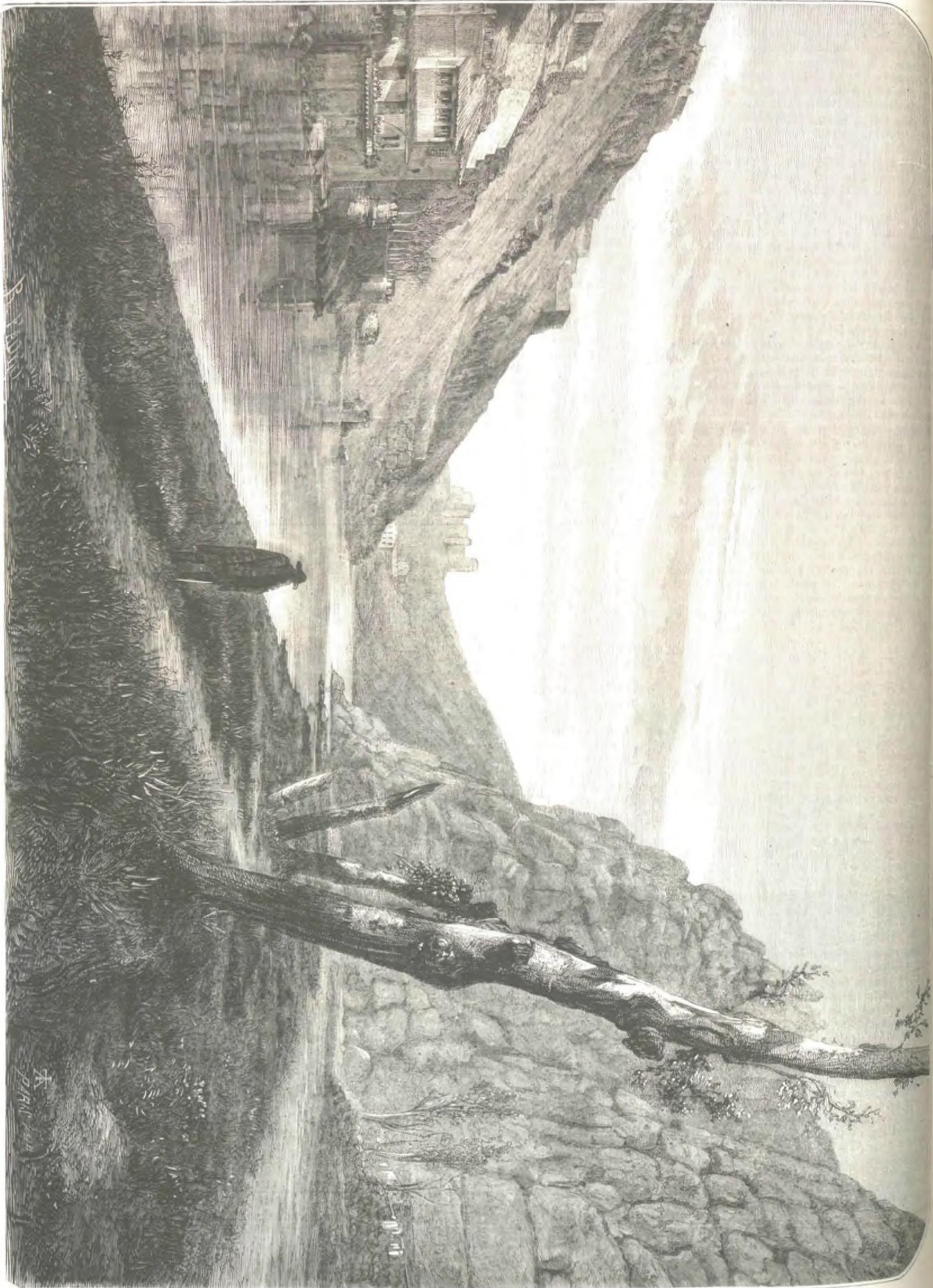
Algunos ejemplos me han demostrado hasta qué punto la *decentia* sabe transformar y rehabilitar cuanto cae bajo su dominio. No hay en todo el planeta más hábil remendon. Baste decir que recoge hasta los deshechos de la honradez más averiada; les da una mano de barniz, y les vuelve á arrojar al torrente de la circulacion. Y por eso verás en este mundo cereal muchas *decentias* indefinibles, inapreciables en la cantidad y en la calidad; *decentias* que circulan en el comercio de la vida con el brillo superficial de la moneda falsa; *decentias* enigmáticas que penetran en todas partes á favor de una superficie engañosa, que asisten con voz y voto á la discusion cotidiana de las cuestiones sociales, que fallan con criterio inapelable en materias de moral, que constituyen, en una palabra, una parte muy integrante, muy severa, muy intransigente y muy dogmática de ese tribunal formidable que se llama opinion pública.

Dime ahora si son de poca importancia los privilegios que lleva consigo el título de *persona decente*, para ser una ventaja social de tan fácil adquisicion.

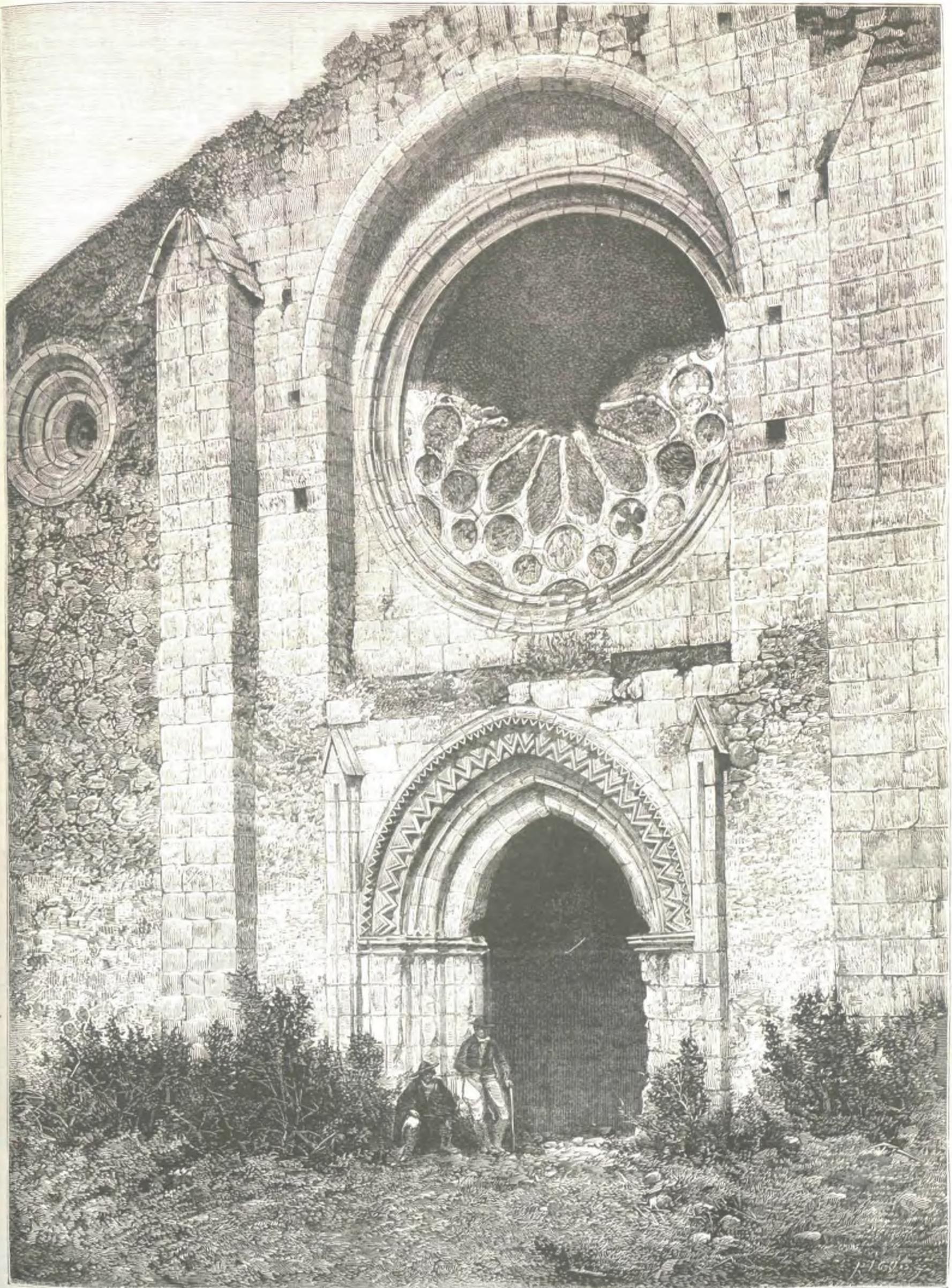
Francamente, amigo Corintio, al llegar á este mundo nuevo, no pude ménos de contemplar con el adusto ceño de un Arcade romano sacrificado en aras de la patria, el brillo capcioso de ese barniz universal que suele servir de cobertera á tantas bellaquerías; pero andando los días, no tuve más remedio que absorber mi entidad dos veces épica en las corrientes de la vida cereal, y me luce tan *persona decente* como la primera que calza guantes y viste casaca negra. Mi terrestre manera de ser ha experimentado un cambio radical. Si fuera posible que la suerte caprichosa le condujese para mi consuelo en este mundo en que vivo, no conocieras aquella crisálida infeliz que se salió por el boquete de la manga en los campos de Bailén, para volar, mariposa vagabunda, á las praderas esmaltadas de este mutilado planeta. Estoy hecho un viejo verde, mucho más verde de lo que debía esperarse de mis años.

Aquí, amigo mio, los viejos no envejecen tan aprisa como los jóvenes, y no parece sino que desde mi llegada á Ceres el tiempo ha renunciado en obsequio mio á una parte de sus prerogativas. Por lo demás, he procurado ingerirme en las regiones gubernamentales, y gracias á que el proyectil francés, al llevarse uno de mis brazos, tuvo el buen impulso de elegir el izquierdo, no desespero de llegar á ser el brazo derecho de un alto personaje que me dispensa su proteccion. No te diré en qué consisten mis ocupaciones lucrativas, porque para ello seria preciso explicarte su orden, ó por mejor decir, su desorden de cosas de que no tendrás idea.

Aquí nadie me conoce, nadie sabe de dónde vengo ni adónde voy; pero todo el mundo me da la mano y me conoce por una *persona decente*. Verdad es que para sostener este rango social uso mucho de la casaca negra, y ántes me faltará la olla que salga yo á la calle sin mi guante calzado; como que para este solo menester he tomado una especie de paje, de quien, modificando la frase proverbial, puede decirse que es mi brazo izquierdo. Porque, amigo, los guantes son aquí un requisito muy esencial de la *decentia*; tan



TOLEDO.—Orillas del Tago (pág. 410).



SEGOVIA.—Ermita de la Virgen de la Sierra, de fotografía (pág. 411).

esencial, que al principio llegué á temer que no siéndome posible usar más que una de esas prendas de cabritilla, obtendría, cuando más, la calificación de persona *semi-decente*. No ha sido así por fortuna: sea que me hayan visto en público una ó dos veces con el personaje de campanillas que utiliza mis servicios, sea que al dejar el sostén de la paloma de Architas cayese de piés en este planeta, ello es que los cereales me han aceptado con un solo guante, tomando sin dificultad la parte por el todo. Sigo, pues, la corriente, y vivo como un pavorde: tengo buena mesa, visto de lo fino, fumo de lo mejor, cambio el saludo con lo más granado de esta tierra... y dicen si tengo ó no tengo amores con la hija de un señor muy empingorotado y de mucho viso, que está entrampado con medio planeta. La niña me toma por un potentado, y me mima creyendo ver en lontananza lacayos que le sirvan y barbilindo que la consuele; el padre se afana por echarme la garfa en la persuasión de que tengo el oro y el moro con que sacarle de trampas, y yo entre tanto me estoy al paio, coqueteando con la interesada, sin darles á entender que soy hombre de mundos y sé de qué lado sopla el viento. En resumen, unos y otros procuramos engañarnos reciprocamente con aquella solapada intención que suele ser propia de personas decentes. ¡Ah, Corintio! ¿qué pensaría de mí aquella hermosa y discreta Aspasia que encendía en mi frente juvenil la llama de la inspiración, si me viera enfrascado en estos devaneos? ¿qué pensaría de aquel tierno Basilo cuyas virtudes sencillas celebraba en idilios y madrigales, si le viera cursar estas aulas cortesanías y rendir un incienso engañoso á las bellezas descreídas y artificiosas de estos mundos arriba?

¡Oh, Aspasia, Aspasia!... ¡Quantum mutatus ab illo!

Siento, amado Corintio, que no me sea posible prolongar mucho más esta carta; pero negocios de alta monta me llaman á la plaza pública. Hoy es día para mí de *producir efecto*... ¡Producir efecto!... Tú no puedes penetrar el sentido trascendental de esta frase: aquí, por punto general, todo el mundo estudia el modo de *producir efecto*, ó sea el arte de aparentar lo que no existe; pero muy singularmente los que en las vastas regiones del negocio se proponen llevar á cabo alguna solemne superchería. Esta farsa no es nueva, amigo mío; los cereales se han engañado unos á otros desde que el planeta rueda por el espacio, y el progreso actual no ha hecho más que ejercer su acción difusora para ponerla al alcance de todo el mundo. Pues bien; el pájaro de cuenta que me dispensa su protección, opina que es llegado el tiempo de ensanchar el círculo de mis ocupaciones lucrativas, y me aconseja que *prepare el terreno* para ponerme al frente de un gran negocio que hierve hace mucho tiempo bajo su calva financiera, y por medio del cual se propone, á lo que me barrunto, que dejemos en cueros á medio mundo. Mas para ello es preciso que el público se acostumbre á ver en mí las apariencias de un hombre de crédito, de un gran capitalista, y hoy mismo empiezo á cebar el anzuelo estrenando un magnífico tren de paseo que mi protector ha puesto á mi disposición, que está destinado á producir gran efecto, dándome la visualidad de un príncipe de la banca.

Perdona, amado Corintio, si al informarte de mi nueva existencia, me ofrezco á tus ojos con los rasgos característicos de mi transformación social, despojado de aquella blanca túnica de poeta, bajo la cual palpitaban tan ardientes entusiasmos y tan levantados propósitos. Quizá te lastime la idea de mi lamentable abdicación; pero en tal caso sabe para tu consuelo, á haber conservado íntegras mis virtudes terrestres, y mejor que terrestres españolas, no hubiera encontrado mucha gente capaz de apreciar en su justo valor mi constancia de anticuario.

Basta por hoy. Si me amas, Corintio amigo, reúne á todos los amigos que se hayan librado de las balas francesas, y de la segur aún más temible del tiempo, y que tomen chocolate á mi salud. Haz en mi lugar las veces de Anfitrion; y pues te confío el papel de un dios pagano, acéptale con todos sus atributos... y paga. Aquí está muy en uso ese contrato bilateral, que consiste en obligar á otro á que pague por sí, y aún se observa una tendencia marcada á convertir este accidente de la propiedad en medio permanente de adquirir.

Si vive el amigo Castaños, cuéntale los accidentes de mi viaje imprevisto, y dile que no me pesa el balazo que recibí bajo sus órdenes, siquiera por lo que haya podido contribuir á la felicidad de la patria.

Dos palabras y concluyo... He sido joven, he tenido veinte años... ¿Vive Aspasia?... ¡Infeliz!... si la Parca la ha respetado, estará hecha una Euménide. Dile que no la olvido, y que pronto tendrá el consuelo de

recibir una carta mía, si hay algo que pueda consolar de la vejez á una mujer hermosa. Vale.—*Floralvo.*»

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

## EL EMMO. SR. D. FR. CIRILO DE ALAMEDA

Y BREA, CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO.

A las doce y media de la noche del 30 de Junio próximo pasado, falleció en esta corte el venerable anciano que ocupaba, desde el año 1857, la sede primada de las Españas.

No es nuestro ánimo escribir una extensa biografía de este prelado, que desempeñó un papel tan importante en la corte de don Fernando VII, y más tarde en la de don Carlos María Isidro, durante los últimos años de la guerra civil,—papel cuyo exacto valor fijará algún día la historia patria; mas al ofrecer á nuestros suscritores el excelente retrato de la pág. 405, no prescindiremos de apuntar algunos datos biográficos.

Nació en Torrejon de Velasco, el 14 de Julio de 1781, y habiendo profesado, muy joven todavía, en la Orden de San Francisco, ascendió al alto puesto de general de la misma Orden.

A la muerte de Fernando VII, de cuya corte era uno de los principales personajes, tomó partido por el pretendiente don Carlos, y en su cuartel real estuvo desde 1836; y cuando en el año siguiente empezaron á formarse en aquella corte nómada, y aún en el agnerrido ejército carlista, los dos partidos rivales; *transaccionistas* é *intransigentes*, el P. Cirilo de Alameda y Brea, con el jesuita Gil y el general Maroto, aparecía á la cabeza del primero, contra el obispo de Leon, el cura Echevarría y los generales Gonzalez Moreno y Guergué, que figuraban al frente del segundo.

Triunfantes aquellos, y hecho luego el convenio de Vergara, el P. Alameda y Brea huyó á Francia algunos días antes de la entrada de don Carlos.

Arzobispo de Santiago de Cuba primero; luego de Bargas, y por último de Toledo, á la muerte del cardenal Bonel y Orbe, en las tres diócesis ha dejado honrosos recuerdos de su piedad, de su celo por el esplendor del culto divino y de la bondad de su carácter.

El gobierno dispuso, en real orden del 1.º del actual, que se tributasen á los restos del venerable prelado los honores que se conceden á los generales que fallecen con mando en jefe, y á las siete de la mañana del 4 fué trasladado el cadáver, con solemne y fúnebre pompa, á la estación del ferro-carril del Mediodía, y desde allí á Toledo, capital de la diócesis, para ser depositado en la bóveda de la suntuosa basilica.

## ORILLAS DEL TAJO, EN TOLEDO.

El caudaloso Tajo, tan encarecido en églogas y pastorales por su amenidad, dista mucho de realizar el encanto de tales ficciones, pues desde que nace en la sierra de Albarracín, cruzando un espacio de 170 leguas por la provincia de Soria, en su límite con la de Guadalajara, Madrid, Toledo y Extremadura, hasta verterse en el Océano por una ancha ría al Sur de Lisboa; son generalmente áridas y sin vegetación las inmensas planicies que recorre, y su impetuosa corriente se encajona las más veces dentro de elevadas márgenes y escabrosas angosturas. Sin embargo, en algunos trechos, como los valles de Aranjuez y Talavera, ofrece bastante amenidad, y de ellos sin duda cantó uno de los enamorados Batilos ó Palemones:

«Tan dormido pasa el Tajo,  
entre unos álamos verdes,  
que ni los troncos le escuchan  
ni las arenas le sienten.  
En su silencio y descanso,  
los ruiseñores alegres  
á voces le están diciendo  
que, pues sale el sol, despierte...»

Para Toledo es uno de sus más preciosos accidentes naturales; melancólico compañero de sus glorias y decadencias; generoso tributario que así fertiliza su risueña huerta como pone en actividad sus molinos y artificios, rodeando el peñon donde la imperial ciudad asienta sobre su tersa superficie, sombreada á lo léjos por el cerro de San Cervantes, y cobijada al paso por el atrevido arco de Alcántara, junto al derruido mecanismo de Juanelo, refleja caprichosos grupos de edificios que se escalonan por su ribazo, ruinas romanas, godas y sarracenas, sirviendo de estribo á fábricas posteriores, entre las que sobresalen el convento de Santa Fé, el hospital de Santa Cruz, la iglesia de la Concepción, emplazamiento del antiguo palacio de los reyes godos, que despues pasó á los árabes, irguiéndose por cima de todo las cuadrangulares formas del pintoresco alcázar.

Describiendo la misma vista que reproducimos, dice el señor Quadrado en los *Recuerdos y Bellezas de España* (tomo I de Castilla la Nueva): «Por entre angostas y rajadas peñas tuerce el río su curso al Mediodía, murmurando á su paso en las numerosas aceñas que lo utilizan, y buscando más desiertos sitios y más humildes monumentos. Las casuchas agrupadas en torno de la muzárabe iglesia de San Lúcas, la tenerías de San Sebastian, los altos miradores de San Cristóbal, se suceden sobre su derecha margen en variado panorama; y aunque empinadas cuevas cortadas precipicios forman casi toda la extensión del ribazo, descendiendo hasta la flor del agua las construcciones á mirarse en su cristalino espejo, sin temer el ímpetu de sus frecuentes avenidas. Hasta la de 1545 floreció cerca de los tintes, en lo más bajo de la playa, la célebre huerta de la Alcornia ú *hoz* del Tajo, antigua propiedad arzobispal, cuya amenidad y frescura atraía hácia allí alegre tropel de nadadores; más adelante se erguía la aislada torre, labrada por el arzobispo don Rodrigo para defender el paso del río, y cuyos robustos cimientos no ha desgajado la corriente todavía. Tristeza y hasta temor sentireis aún, si acertáis á ver de noche este conjunto, iluminado por la luna y cruzado silenciosamente por una barca del río, abocinada la corriente entre despeñaderos, y delineando vagamente en el fondo sobre la cumbre de una colina el castillo de San Servando; suspiros creéis percibir en el murmullo de las aguas, y distinguir cadáveres rodando entre la espuma, si prestáis asenso á la tradición infundada de que era aquél en remotos tiempos el teatro de los suplicios, y que el Tajo daba sepulcro á los restos de los malhechores.»

El referido castillo de San Servando (bien marcado en nuestro grabado de la pág. 408) se labró en los primeros años de la reconquista, y su advocación recordaba el aciago día de la derrota de Badajoz, 23 Octubre de 1086. Encomendado al principio á los religiosos de Cluny, dependientes de la abadía de San Víctor de Marsella, no pasó mucho tiempo sin ser combatido por las huestes de Jueff, y aunque el año 1110 resistió los embates del soberbio Alfonso, poco despues vino á poder del Mezdell, gobernador de Córdoba, que lo destruyó, inmolando á sus defensores. Salvóle en otra ocasión la intrepidez de la reina doña Berenguela, que en ausencia de su esposo, don Alonso VI, asomándose valerosamente á las murallas, dejó corrido al enemigo de habérselas contra una débil mujer. Confiado más adelante á los templarios, mantúvose en pie hasta el siglo XIV, corriendo entónces el mismo infortunio de sus opulentos señores; pero á fines de aquel siglo lo restableció aún con más grandeza el célebre arzobispo Tenorio, incluyendo en su recinto los vestigios del monasterio y dándole la forma que todavía conserva, casi triangular, con su corona de almenas, sus dos fachadas de Mediodía y Levante. Flanqueadas de gruesos cubos, su torreón destacado hácia el Norte, ceñido de modillones ya sin troneras, sus arcos de herradura en las puertas, y sus salientes barbacanas bordadas de labores que atestiguan la imitación del estilo sarraceno.

Conocido es el romance burlesco de Góngora, que da á conocer el estado, ya decadente en su tiempo, de esta venerable antigualla.

Por lo demás, las orillas del Tajo en la imperial Toledo, formadas por altos peñascos en cuya base descansan venerables ruinas, que acusan el antiguo esplendor de la vetusta costa de Wamba, ofrecen no pocos atractivos para el observador y para el artista.—J. PUIGARÍ.

## LA CALUMNIA,

POEMA EN DOS CANTOS,

dedicado á mi querido amigo y paisano, el Sr. D. Cayetano Sanchez y Bustillo.

## CANTO SEGUNDO.

ERA MENTIRA.

I.

No hay en la vida modo de guardar un secreto, que el tiempo, ese grandísimo indiscreto, acaba al fin por revelarlo todo; y por eso hoy, sin discreción, revela que, cuando era Marcela la pequeña mimada de la casa, su cuerpo entero hizo pintar su abuela, cubierto con el velo de una gasa; pero Jorge el esposo nada de esto sabía, hasta que el triste, de la abuela un día recibió aquel retrato misterioso

envuelto en un papel que así decía:  
—«Por, si esto te consuela,»  
la abuela le escribía,  
—«te remito el retrato de Marcela  
de cuando era muy niña todavía.»—  
Mira Jorge el retrato, y ve un querube  
que á través de una tela transparente  
se destaca gentil y sonriente  
como el amor que sale de una nube;  
y á Marcela contempla, que, hechicora,  
un pintor de la escuela sevillana  
la retrató con luz de la mañana,  
lo mismo exactamente que si fuera  
la aurora que tomase forma humana:  
y entre la luz sombría  
de burbujas de gasa como espuma  
que á la niña cubría,  
en un lado un lunar se traslucía  
en lo interior de una sagrada bruma;  
bello lunar, fatal para Marcela,  
pues fué á propios y á extraños,  
arbi et orbi, enseñado por su abuela,  
candorosa mujer de sesenta años.

## II.

¡Cuando Jorge, aterrado,  
vió esta ventana abierta de repente  
que arrojaba una luz tan refulgente  
sobre el cuerpo de un sér idolatrado,  
ante el lunar fatídico, suspira,  
pensando en su injusticia del pasado;  
y los ojos con saña  
como buscando un arma, en torno gira:  
pues claro ya por el retrato mira  
que es más vil la calumnia que con maña  
injerta en la verdad una mentira,  
y ve como la ruin maledicencia,  
dibujando en lo noble lo execrable,  
de Marcela adorable  
tendió sobre la cándida inocencia  
esa niebla sutil de lo probable,  
niebla que, ora subiendo, ora bajando,  
se espesa poco á poco, y, desplegando  
el imperio terrible de la sombra,  
por su interior impuros circulando,  
de la humilde virtud hacen alfombra  
para verter sobre ella su veneno  
los mónstruos de las sombras y del cieno!

## III.

¡Si! ¡Si! Cuando contempla de Marcela  
aquel bello lunar en el costado,  
maldice, enamorado,  
el funesto capricho de su abuela;  
pues ve ya claro que en la humana vida  
va la calumnia á la virtud asida  
como al olmo la hiedra,  
que crece luego al viento, y desprendida,  
con sávia en los alientos recogida  
se alimenta, se agranda, crece, medra,  
y el aire en hondas repetidas hiende,  
como el agua en que cae alguna piedra  
en círculos concéntricos se extiende!

## IV.

Y esta vez, por lo ménos, razonable,  
reconoce, sus dudas recordando,  
que un celoso es un sér insoportable;  
y de pronto, soltando  
de su dolor el dique,  
con inmensa ternura contemplando  
aquella atroz calumnia echada á pique,  
besa con arrebató  
de Marcela el retrato,  
y con la fé de un alma visionaria  
mira al cielo un gran rato,  
como el que hace á una santa una plegaria;  
y piadoso una vez y otra irascible,  
pide perdón con humildad terrible  
á la esposa inocente,  
aquella á quien rodeó constantemente  
la vaga hostilidad de algo invisible;  
á aquella esposa, de honradez modelo,  
que, si él tal vez la asesinó, celoso,  
seguro está que á cuantos van al cielo  
pregunta con afán si es muy dichoso.

## V.

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera  
que había encanecido en una hora,

y mira en derredor como una fiera,  
y, al verse solo, se maldice y llora;  
se retuerce las manos, y con ellas  
se cubre una y mil veces el semblante.  
¡Oh tú, Marcela amante,  
que con divinos piés los astros huellas,  
bien vengada estarás, si en este instante  
desde lo alto lo ves de las estrellas!

## VI.

Y ya de rabia y amargura lleno,  
volviendo á ser tenaz, conciso y frío,  
miró á la sociedad, y no fué bueno;  
pensó en la Providencia, y se hizo impío;  
pues desde el día aquel, siempre que advierte  
que algun impuro aliento  
suelta una chanza al viento  
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,  
y que la chanza en dicho se convierte,  
se transforma despues el dicho en cuento,  
éste en calumnia y la calumnia en muerte,  
mirando al cielo, exclama inconsolable:  
«—¡Señor! ¿En dónde está tu Providencia?»—  
¡Es, por Dios, una cosa abominable  
lo que el cielo consiente en la apariencia!

## VII.

El desdichado esposo  
pide el olvido al sueño, pero en vano;  
y como el buen celoso  
coge cizaña aunque se siembre grano,  
cruzando el cementerio eternamente  
tras el cuerpo inocente  
de una mujer tan buena,  
inquieta, busca... pero inútilmente  
de tumba en tumba va como alma en pena,  
porque aquella calumnia tenebrosa  
de ella pesó tambien sobre la losa;  
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,  
en la fosa comun siendo lanzada  
como una mala esposa,  
fué por siempre perdida,  
tan infeliz en muerte como en vida.  
¿Hubo en la tierra un sér más desdichado?  
¡Despues que fué su nombre calumniado,  
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,  
su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...  
¡El rayo á la calumnia comparado,  
es comparar al sueño con la muerte!

RAMON DE CAMPOAMOR.

## LA VÍRGEN DE LA SIERRA.

Si la sierra Nevada es la montaña que conserva las tradiciones árabes, la sierra Carpetana es la que guarda las tradiciones castellanas; si la sierra Nevada tiene la Alhambra de los reyes de Granada, la Carpetana el alcázar de Segovia de los reyes de Castilla; y como la cruz venció á la media luna en esa lucha titánica de ocho siglos, los monjes del Paular de Segovia fundaron la preciosa Cartuja de Granada, y los montañeses segovianos poblaron las montañas granadinas.

Aun es hoy y conservan rasgos característicos de su origen, su cara redonda, su cuello corto, sus ojos pardos, su franca mirada, su noble andar, su amor al trabajo, su sobriedad y su constancia.

Fíjese la atención en el traje de los aldeanos de Segovia, y al pasar el león del Guadarrama, y al cruzar Castilla la Nueva, no se verá ya más, y nada parecido se hallará en toda la Andalucía, hasta llegar á Sierra Nevada. Allí se encontrará el tejido y el color mismísimo del paño de Bernandos en el traje de los hombres, y el célebre punto de Segovia, y el color encarnado en las medias de las mujeres casadas, y allí á las espaldas de Granada se verán tambien las monteras, y al lado del Mediterráneo los zapatos de oreja ancha de Castilla.

¡Cuánta afecion, cuánto cariño me inspiraban aquellos montañeses! ¡Con qué confianza, con qué alegría me encontraba yo á su lado! La dulzura y la delicadeza de este sentimiento, es el premio que Dios reserva á los pueblos colonizadores. Pero la sierra Carpetana merece llamar la atención más que ninguna otra sierra de la Península española, porque no sólo guarda un inagotable tesoro de tradiciones, fábulas y recuerdos castellanos, si que además está adornada con relicarios nacionales de tanta valía como Numancia, y con preciosos monumentos como el Pau-

lar, la Granja, el Escorial, Mafra y Cintra, las joyas más preciadas de los pueblos peninsulares.

Apenas se desprende de los Pirineos al nacer, ya vela por el más grande recuerdo de un pueblo que quiere constituir una nacion independiente, por las heróicas ruinas de Numancia.

Despues, la magnífica cartuja del Paular epiloga los esfuerzos de muchos siglos de un pueblo que quiso y fué independiente, quitando de Granada la media luna.

Luego, el Escorial anuncia que ese pueblo que quiso y fué independiente, llegó á ser el más poderoso del mundo, y que satisfecho de poder y de victorias, erigió á su amor patrio el monumento mayor que ha elegido pueblo alguno.

A poco, se halla la Granja con sus estatuas y fuentes, sus palacios y jardines, sus canales y sus bosques, mostrando claramente la riqueza de ese pueblo.

Más lejos, tambien los portugueses, nuestros hermanos, la adornaron con Mafra, pues no en balde á sus quinas las rodean los castillos, y bien merecen por su heroísmo tener otro Escorial los descubridores de Oriente.

Y por último Cintra, ese sueño de hadas, sirve de digno remate á la sierra que, al perderse en el mar, parece que le eleva hasta las nubes, como si aspirara á enviar un tierno saludo, un cariñoso abrazo, á nuestros desagradecidos hijos de los Andes.

Pues en esta montaña, entre las gargantas de Somosierra y Guadarrama, se levanta un cerro conocido por La Picota, en cuya cima, vertiendo á la parte occidental, brota la abundante fuente llamada «Del Mojon»; á su pié se encuentra el pueblo de Collado-hermoso, y en su falda la ermita de La Virgen de la Sierra.

El mérito del calado de su ventana anuncia mayor riqueza en el interior, y parece impropio de la simple ermita de un lugar de sierra. Allí se vé una idea más levantada.

Las ermitas de la Edad Media, daban seguridad y albergue á los caminantes. En aquellos siglos de revueltas, de descentralizacion y desgobierno, no se acataba otra autoridad que la de Dios, ni respetaba otra inmunidad que la del Santuario; así que la distancia de ermita á ermita, mide el espacio de una jornada.

Pero da al traste con esta suposicion, al verla situada en la falda de un elevado cerro, en vez de en una garganta, y la proximidad á Torrecaballeros, fundada por los templarios para albergue de los que pasaban los puertos, y á una jornada de la ermita-hospedería, que aun se conserva en el bosque de Valsain, y en lo alto del puerto de la Fuenfria, único paso accesible por aquellos sitios hasta estos últimos tiempos.

Esa ermita une á la devocion otra idea grande; esa ermita no ha podido brotar solo al calor de la veneracion de una aldea; representa intereses morales y materiales de una colectividad; una aldea es demasiado pobre para un edificio tan rico, y la situacion especial que ocupa en el cerro de La Picota, revela que en él está el depósito que se la ha confiado, y que guarda con el respetable prestigio de la religion.

En efecto, la abundante fuente «Del Mojon» apenas mana; se dividen sus aguas en dos cauces que cuidadosamente bajan serpenteando cerros, revolviendo valles y atravesando barrancos, hasta desaguar por último el uno en el rio Picon y el otro en el Polendos, despues de haber hecho fértil y poblado un país ingrato de sierra y haber regado el caz de la derecha los pueblos de Collado-hermoso, Sotos-albos, Pelayos, Tenzuela, La Cuesta y sus barrios, Carrascal, Losana y Torreiglesias, y el caz de la izquierda los términos de Torrecaballeros, Aldehuela, Cabanillas, Tizueros, Espizdo, La Higuera, Santo Domingo de Piron, Adrada, Brieba y Basardilla.

Hé aquí el destino de esa ermita colocada entre ambos brazos, y en la falda del cerro en que mana esa fuente.

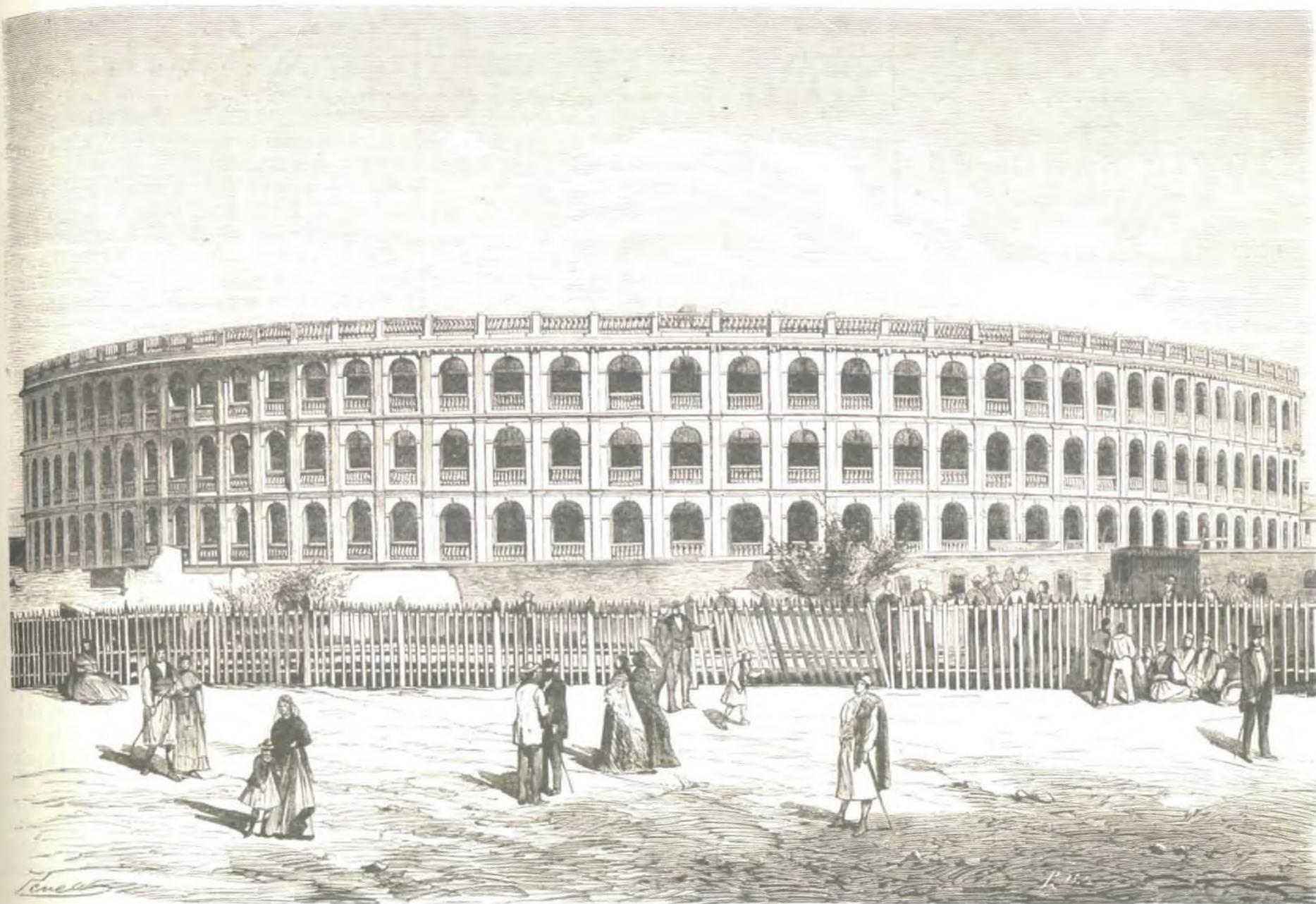
Las obras de fábrica de este canal notabilísimo se hallan ocultas por el césped. Vésele atravesar una vega, y la brza de sus anuales mondas ha formado un ancho terraplen que parece natural, creado á propósito para llevar el agua que corre y marcha por la cacera como si fuese por su cauce primitivo.

Su construccion es remotísima; puede deducirse que es romana por las semejanzas que en su plan de construccion tiene con la que desde Fuenfria lleva las aguas al romano acueducto de Segovia.

La idea religiosa que inspiró la reconquista á los españoles acogió en su manto este inapreciable recurso, le puso bajo el amparo de la Virgen, edificó una ermita, y mil familias acudieron á gozar de sus beneficios y poblaron esa estéril sierra que á fuerza de perseverancia y de trabajo hacen producir las ricas lanas, merinas, linos apreciables y las carnes más estimadas en los mercados de Madrid, con



BELLAS ARTES.—El ciego, cuadro de Bayes (pág. 416).



VALENCIA.—Exterior de la plaza de toros (pág. 416).

otros variados frutos, que dan tres mil reales por habitante al año, mientras que las fértiles llanuras de Andalucía solo rentan setecientos.

En el día de San Juan se reúnen los vecinos de los pueblos con sus herramientas en la Virgen de la Sierra, para ir de *criazon* á buscar el agua donde se cria.

El día de *criazon* es día de alborozo. ¡Dichoso el pueblo que hace del trabajo su alegría! Cada uno lleva su merienda, y los alcaldes y pastores del agua que annualmente se abran, llevan un extraordinario de refresco y vino,

compra la con el producto de las multas, y del que disfrutan todos.

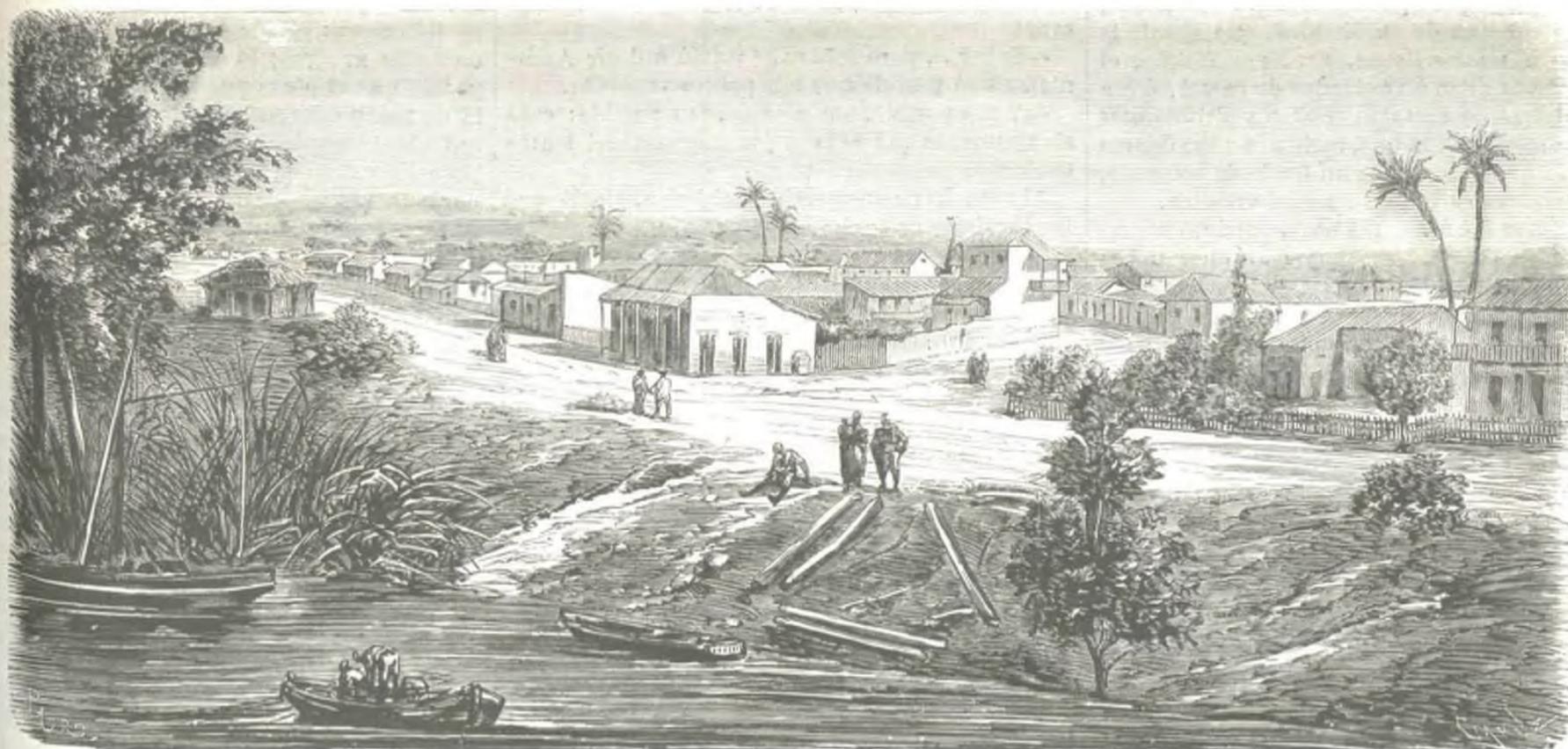
Desde la fuente cada pueblo va por su cacería mondándola y componiéndola; y como todos contribuyen á su conservación, todos gozan de sus beneficios.

El agua se reparte por días á los pueblos, por horas á los vecinos, y el que no tiene que regar arrienda á otro su derecho por la cantidad en que se convengan.

Cada pueblo elige su pastor del agua para velar por su distribución en el término, y entre todos los pueblos eli-

gen dos alcaldes, que han de residir en los pueblos cabeza de cada brazo, en Collado-hermoso y Torrecaballeros, los cuales conservan ordenanzas ininteligibles, y aplican en vez de los artículos convenientes penas consuetudinarias y sin apelacion, con las que corrigen los daños ó abusos.

Con esto, y con la obligacion que tienen los pastores del agua de estar en los pueblos cabeceros del caz, todos los sábados al rayar el alba y subir á la *criazon* por la cacería arriba, y dar parte de su estado al alcalde, tan sencilla y simplemente se ha conseguido conservar obra tan impor-



ISLA DE CUBA.—Vista general de Sagua la Grande (pág. 416).

tantísima, que es la causa de la densidad de población de aquella comarca.

¿Cuánta riqueza podrá tener España el día que aproveche todas sus aguas?... ¡A trabajar, y adelante!

RICARDO VILLANUEVA.

## ANTONIO SANCHEZ

HISTORIA VULGAR

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

II.

Cómo pasó Antonio sus primeros meses en Madrid, qué amistades contrajo, qué adquisiciones hizo, qué desdichas sufrió, qué placeres pudo experimentar en ese tiempo, cosas son estas consignadas ya repetidamente en la vida de todos los ingenios pobres. Lo único que merece especial mención es la presteza con que reformó sus juicios provincianos, y el acierto con que supo adquirir las cortesanías condiciones de buen gusto.

Leyendo y releendo su tragedia, después de consultar á unos y otros, procedió á limpiarla de lunares de Soria y á revestirla de bellezas de Madrid. Espurgóla de provincialismos en la dición, de neologismos en la frase, de alguna que otra declamación impertinente contra la capital, y del mayor de todos los defectos que cunden por lo común en las obras de los ingenios rurales; altusiones de vanidad y soberbia propias.

Reinaba entonces en el teatro español (pues el teatro español antes de convertirse en república como hoy lo está, ha tenido siempre un monarca), reinaba entonces en el teatro de Madrid, decimos, un actor eminente, á quien la fama adquirida en todo el reino había elevado al trono de la escena nacional. Las aptitudes de este cómico insigne, eran trágicas en alto grado. Su rostro enjuto y grave, su voz hueca y sonora, la rigidez y grandeza de sus movimientos, el ardor de su mirada, la espontaneidad de su inspiración, todo contribuía á que se le considerase digno de llevar en sus manos el cetro de Melpómene. Y eso que su corta estatura, su no muy larga belleza física, ciertas asperidades de sus registros tónicos, y alguno que otro amaneramiento de forma, contrariaban en parte sus raras disposiciones épicas; pero él era de la raza de los Ronconi y de los Mario: se estilaba, se embellecía, se entonaba, y cuando el público iba á echar de ménos una cualidad de las que la naturaleza le había restringido, veíase subyugado por un arranque de genio, por una explosión de sublimidad, que el arte le prodigaba á manos llenas. Era, por último, el actor un tanto dado á vanidades de cartel, ó sea grandes letras de anuncio, epítetos altisonantes con referencia á su persona, reclamos á lo píldoras Holloway, que descubrían un fondo de soberbia, armónico con el estro de su genial artístico.

A este actor fué á quien Antonio dirigió su tragedia, con una carta, poco tiempo después de haber llegado á Madrid. La carta, que se había estudiado en el rincón del café Suizo, venía á decir de esta manera:—«Para un actor como vos, una tragedia como la mía.»

Contábase á Antonio en aquel mismo rincón del café, los siempre nuevos y cada día más extraños misterios de bastidores: decíanle que los cómicos amontonaban las comedias en su gabinete, como los prenderos las ropas viejas en sus escaparates; que carecían de sentimiento artístico y de educación literaria; que vegetaban en una atmósfera de adulación, producida por el hábito servil de cuatro necios desvergonzados; que no se representaban más obras que las que producían los amigos del actor, siempre que hablaran bien de él en los periódicos, y mal de los demás actores en todas partes; finalmente, que era más difícil meter la cabeza por los bastidores de lienzo de un

teatro, que por los bastiones de piedra de un castillo feudal.

Cuál, pues, no sería la sorpresa de Antonio al recibir, á pocos, poquisimos días de la remisión de su obra, una carta del actor que, entre vistosos follajes de elocuencia rebuscada, venía á decir de este modo:—«Para una tragedia como la vuestra, un actor como yo.»—Citábase después para las doce del día siguiente.

No hay que decir cómo entraría el ingenio casa del genio. Susto, satisfacción, temblor de piernas, sudores, escalofríos, vanidad, gratitud, todo lo que puede sentirse cuando no se sabe á punto fijo lo que se siente, todo esto y mucho más lo experimentó Antonio al encontrarse cara á cara con el coloso del teatro. Hallábase éste en un salón de estudio tapizado de armas, redingotes y coseletes de la más vistosa apariencia: coronas de laurel, de mirto y oro, pendían de anchas cintas de seda, entre ramos de flores que se marchitaban, y cartas á medio abrir que descubrían nobiliarios escudos: dos estatuillas de bronce, representando á Kean y á Talma coronados, hundíanse en un mar de papeles de comedia manuscritos con letras gordas, periódicos impresos subrayados con tinta por ciertos parajes, libros de encuadernaciones finísimas con iniciales doradas, papeles de color con versos de los que se arrojan por la lucerna, palomas disecadas de esas que se tiran desde los palcos, signos por todas partes, en fin, de una gloria caliente y viva, que se saboreó la noche anterior, y queda confeccionándose para la actual. Si Antonio hubiera sido indiscreto, podía haber leído en quince ó veinte lugares de aquel salón la palabra «eminente.»

El eminente actor, en efecto, abalanzóse al joven cuando supo quién era, y en largo espacio de segundos no tuvo para él más que apretones de corazón y ayes de entusiasmo. Después le dijo:

—Cácheme la honra de ser el primero que ha abrazado al poeta. Saludo aquí, en este humilde rincón del arte representativa, á un egregio príncipe del arte imaginativa: ¡soy el histrión que rinde párias al genio!

—Señor... pero señor... (balbuceó Antonio conmovido, mientras el cómico lo sentaba por fuerza en la silla preferente de su despacho).

—Nada, nada: todo cuanto diga es poco ante la realidad de los hechos. ¡Qué tragedia, amigo mío, qué tragedia! No he podido dormir, no he podido sosegar: la he representado, la he coronado, la he hecho célebre dentro de mi propio pensamiento y de mi propia conciencia. ¡Adios, Quintana; adios, Martínez de la Rosa; adios, Alfieri; adios, Ponsard!

—Señor... pero señor... (volvió á decir Antonio). ¿Será posible que mis pobres versos?...

—Y tan posible, amigo mío, tan posible: creo sinceramente que es la mejor tragedia del teatro moderno.

Al escuchar estas palabras el joven, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—Gracias, señor, gracias (dijo, experimentando una melancólica alegría de que por vez primera participaba su espíritu): yo apenas conocí á mis padres, y no pude llorar en su seno; no he frecuentado las escuelas, y desconozco las lágrimas de la educación; he tratado poco de amores, para probar á lo que saben las lágrimas de la ternura; ¡bendigo, pues, este momento en que mis primeras lágrimas se derraman en nombre del arte y por amor al arte! ¡Gracias, gracias!

En tal tesitura se había colocado la conversación entre el cómico y el poeta. Antonio lloraba de verdad; el actor parecía asimismo que lloraba con lágrimas extra-teatrales, aun cuando su voz, sus movimientos, sus inflexiones todas eran, y ¿cómo no habían de serlo? las que el joven le había conocido más de una vez en las tablas. Hablaron del arte en sus múltiples aspectos, del arte como intuición, del arte como manifestación,

del arte como esencia, del arte como forma, y más que nada, del arte como cada uno de ellos lo entendía.

Al llegar aquí, levantóse el actor, cerró la puerta, y variando de aspecto y tono, como si de repente hubiera traspasado las bambalinas hacia dentro, sentóse frente de Antonio, y comenzó á decir de esta manera:

—Creo que no dudará usted, amigo mío, de que soy su hombre, así como yo tengo la seguridad de que he hallado al hombre que buscaba. Hablemos, por consiguiente, en familia, y queden echados hoy los cimientos de una amistad inalterable y de una conveniencia mútua.

—Sea así (contestó Antonio, entre placentero y admirado).

—Su tragedia de usted (continuó el actor) se va á archivar ahora mismo, y nadie va á tener noticia de ella en mucho tiempo.

—¡Cómo!

—No se alarme usted, y escúcheme hasta el final. Obras como esa requieren gran tacto y circunspección para ser exhibidas al público. El tiempo presente, yo poseo gran experiencia de ello, no es el más á propósito para hacer tragar ciertos manjares, sin que les precedan aperitivos oportunos. Cunde la manía en nuestra sociedad, de que la tragedia clásica es insípida y tonta, que su lentitud no está conforme con los progresos del siglo, que el coturno y la toga, así como los sentimientos y pasiones que representan, son más propios hoy para el museo y para el gabinete de estudio, que para el teatro y la distracción que dentro de él se busca: en una palabra, amigo mío, la gente no quiere tragedias. He intentado hacérselas pasar varias veces en estos últimos tiempos, y siempre me he cubierto de gloria como actor, pero he puesto en quiebra al empresario. Hoy, que participo de ambos caracteres, me es imposible mirar al arte con interés, sin que se me presente descarnado el fantasma de la industria; y pues el teatro es una tienda, cuerdo será no vender en él más que el género á que el público se muestre aficionado. El público quiere drama, el drama de pasiones violentas y mundanales: histórico ó de intriga, pero con hombres y mujeres á quienes conozca, con afectos que le sean comunes, con interés que se refiera á los intereses de que él mismo se encuentra poseído. Ahora bien: el que escribe una tragedia como la de usted, puede escribir un magnífico drama como el que yo propongo: escoja usted una época vistosa, un país romancesco, unos personajes de carácter, una fábula de complicación: olvide usted por un momento las unidades griegas; la de acción, es la que ha impedido que el poeta pueda aglomerar incidentes; la de tiempo, ha quitado desarrollo y verosimilitud á las ideas; la de lugar, ha hecho monótono y poco llamativo el espectáculo: abandone usted por esta vez el metro, solemne y digno, eso sí, pero cansado y duro, del asonante heroico; escriba usted en octosílabos las escenas de relleno; en quintillas las de amor, en alejandrinos las de lucha y guerra; invente usted el modo de que se dispongan dos ó tres decoraciones de efecto, una de luz de luna si puede ser; ponga usted un par de graciosos (que los tengo excelentes de ambos sexos), dos villanos que hagan reír y formen el contraste con la dama y el galán cuyas desdichas ha de llorar el público; no se pare usted en el costo de los trajes, estoy dispuesto á gastarme un dineral en el mío; ni se asuste de la extensión de mi papel, que he de aprenderlo de memoria antes que haga cincuenta pliegos: por último, amigo, sálveme usted el teatro, hágame usted la temporada; usted es mi hombre, se lo repito á usted de todo corazón, mi hombre es usted.

Calló el actor, y Antonio estuvo por recoger sus lágrimas anteriores para derramar otras diversas.

—Con que es decir (replicó, pasados algunos

instantes, con dignidad) que mi tragedia es excelente, pero que no sirve.

—Espacio, amigo, espacio (interrumpió el actor): me ha quedado eso por explicar. Cuando usted adquiriera la gloria que le auguro con el drama que desde ahora le encargo; cuando su nombre de usted figure entre los primeros escritores de la época, entonces ya será usted quien le imponga las condiciones al público: entonces ensayaremos y representaremos con amor la tragedia, y el público la comprenderá, la aplaudirá y la admirará, cómo yo la admiro, la comprendo y la aplaudo. Se trata de una superchería necesaria, de un cambio de trajes para presentarse, con cierta seguridad de éxito, ante ese monstruo que se llama el respetable público. No dude usted que yo soy quien está en lo que conviene.

—No lo dudo, señor mío (repuso Antonio contristado); pero ¿quién me responde de que yo hago bien ese drama que usted me dice? Si yo soy músico y tengo disposición para componer un oratorio sacro, ¿habré de tenerla lo mismo para componer la música de un baile?

—Ciertamente (contestó con viveza el actor): el talento posee múltiples manifestaciones: Mozart hizo el *Requiem* y el *Don Juan*; Rossini escribió el *Stabat Mater* y *El Barbero*: acepto la objeción y la rechazo.

—Pero ¿á qué buscar una belleza nueva si ya la tengo? (dijo entonces Antonio con una acentuación que indicaba repulsa). Si mi tragedia es la maravilla que usted cree, y yo ya me iba creyendo, la dignidad de hombre me aconseja, olvidando todavía la de ingenio que aún no puedo invocar, presentarla al público por conducto del gran actor trágico de nuestro teatro: si el público la aplaude, bueno; si el público la rechaza, tendré paciencia.

—Hé ahí el error, amigo mío; hé ahí el error. No tengo en el día mujeres bien conformadas que me vistan la túnica; no tengo este año un barba bueno que saque la voz bronca; y sobre todo, ¿puede usted que se pintaría la señora X. para hacer la esclava? Pues, no señor, no se pinta: en su contrato dice que no hará más papeles que aquellos cuyos trajes le sienten bien; y como ya no le van sentando ningunos, me pone en mil aprietos; por cuya razón le suplico á usted que en el drama que haga, piense mucho en esto del traje de la señora X.

—Siento decir á usted (exclamó resueltamente Antonio) que en lo que he de pensar es en seguir otra carrera diferente: recojo mi tragedia, y me vuelvo al lugar de donde vine.

### III.

Vanas fueron todas las instancias del actor, para disuadir al jóven poeta de que en las cuestiones de arte hay que transigir con las exigencias del público. Antonio creyó más decoroso para él volverse á la oscuridad con una tragedia buena, que entrar en el mundo literario con la privanza de un actor de moda y el manuscrito de un drama malo. Lo único que pudo conseguir el ingenio, fué que el ingenio suspendiese su resolución definitiva por cuarenta y ocho horas.

Antonio salió de casa del actor en el estado de abatimiento más deplorable. Era la primera vez que su alma asistía á un doble juego de sensaciones, en que el ángulo de reflexión destruye con su terrible realidad las esperanzas que hizo concebir el ángulo de incidencia. Aquella fué una partida de gana-pierde en que el alma y el cuerpo quedaron destrozados; porque, ¿á qué fingir lo que no hay? Antonio estaba pobre, pobrísimo, y su tragedia concluida, su tragedia aceptada, su tragedia en el comercio público de las gentes, era manantial legítimo de gloria y manantial no menos legítimo de recursos. ¿Cómo, pues, conformarse á una dilación de muchos meses, á incertidumbre, dolor y escasez de largos días, sin

que ni aún al término de tan inseguro plazo se divisase la esperanza de un mejoramiento de fortuna?

Ardíale su cabeza, mesábase los cabellos como un convulso, y sus pasos, que hubieran semejado á los de un ébrio, conducíanle á hora intempestiva hácia las solitarias alamedas del Buen Retiro. Allí habían llorado tal vez Calderon y Lope; allí habían llorado quizá Larra y Espronceda; allí podría llorar Antonio. Las piernas del poeta desdichado, sabían perfectamente su obligación.

El gran estanque estaba casi vacío, y por su centro empuñábanse unas piedras toscas, á modo de monumentos cinerarios antiguos, que la mano vandálica del hombre no hubiera logrado destruir. Antonio sabía que aquellos eran los cimientos del célebre teatro que se levantaba en los regocijados festines de la corte del Rey-poeta. Sobre aquellas urnas literarias habían alcanzado abundante gloria ingenios esclarecidos; pero quizá habrían suspirado también grandes ingenios ante ellas, como Cervantes, tal vez, á quien las musas favoritas no habían querido conducir nunca cerca del trono. —Sentóse el jóven en un banco solitario frente á los restos de tanta belleza muda, y abismado en sus imaginaciones personales, echó la cabeza sobre ambas manos como si estuviese dormido.

Así permaneció largo tiempo, hasta que un rumor, á que ningún hombre se muestra indiferente, ni aún en las grandes crisis, el roce de la seda sobre el pavimento, le hizo levantar los ojos. ¿Sería ilusión? ¿Habriase quedado positivamente dormido y soñaría? —Una de las mujeres que tenía delante de los ojos, era Elena.

Antonio se levantó con rapidez suma para darse cuenta á sí mismo de que no dormía, y adelantándose al grupo de las tres personas, un hombre, una mujer y una jóven vestidos de negro, alargó sus dos manos á esta última, que ella cogió con singular presteza, y resonaron en el aire las dos exclamaciones de costumbre: —«¡Elena! ¡Antonio!!»

La hija del Mayorazgo de Soria había quedado huérfana casi repentinamente, poco tiempo después de la partida del poeta. La desgracia ocurrió lejos de la ciudad, en un punto á donde el padre solía ir todos los años, y desde donde le escribieron que el difunto tenía un hijo varón, legítimo como Elena, criado fuera de España, dueño del vínculo que existía en la familia, y determinado á marchar con su herencia al país en que se había educado. Tan gran catástrofe exigió que unos tíos de la jóven, residentes toda su vida en Madrid, marchasen á Soria en amparo de la huérfana, y para recoger los restos de una fortuna, cuya parte libre había desaparecido hacia tiempo, y cuya parte vinculada pertenecía casi entera á un hermano, envuelto hasta entonces en el misterio más profundo. Realizados los cortos intereses de Elena, sus tíos tuvieron prisa de volver á Madrid, donde sus modestas ocupaciones los reclamaban; y aquella misma tarde era la vez primera que toda la nueva familia buscaba á deshora esparcimiento en un paseo, que convidaba en ciertos casos á la meditación y á las lágrimas. —Tal fué, en resumen, la historia que escuchó Antonio de sobrina, tío y tía, no sin que esta última quitara con frecuencia la palabra á la jóven, para explicar mejor lo que ella misma necesitaba que le explicasen para entenderlo.

El tío, que parecía un curial no muy abundante de negocios, se excusó con el amigo de su sobrina de no ofrecerle la casa, porque pensaba no recibir á nadie durante los lutos. La tía fué de la misma ó de mejor opinión, y la sobrina tuvo que limitarse á levantar los ojos al cielo, recatándose de la mirada de sus parientes, y alargó las manos á Antonio estrechándoselas con efusión. Los

aires pudieron asimismo esta vez escuchar las exclamaciones de costumbre: —«¡Adios, Antonio! ¡Adios, Elena!!»

El jóven quedó petrificado tras esta rápida entrevista. Cuando perdió á lo largo de la alameda las tres figuras, una de las cuales parece como que quiso volverse á él más que al camino que de él la separaba, se puso á meditar en alta voz:

—«¿Qué es esto, Antonio? (se dijo). ¿Qué visión acaba de aparecérsete? ¡Elena, la hija del Mayorazgo, la jóven de la casa feudal, la que visitaba los días festivos la tumba de sus abuelos por todo trato, la retirada, la impalpable, la clásica Elena, ha descendido en un momento desde los salones artesonados de un palacio, á la humilde morada de unas gentes quizá vulgares de Madrid! ¿Qué tragedia ha sido esta, ó por mejor decir, qué complicado drama se desarrolla delante de mis ojos?—¡Oh! sí: la tragedia concluyó con la muerte del Mayorazgo. El dolor, lento y cruel á la par, de aquella madre que desaparece de la vista del mundo; el carácter rígido y severo del hombre que calla y obra por toda una existencia; ese niño que nace en la sombra sin saber por qué y que en la sombra se educa y crece sin saber para qué; la ruina lenta pero segura; la muerte larga pero repentina; el silencio de un cuarto de siglo no violado más que por las murmuraciones del vulgo indocto; ¡qué explosión, qué descenso, qué drama produce ante la vista atónita del observador que todo lo contempla!—Si (repetía Antonio): la tragedia de Elena se ha trocado en drama; pero ¡qué drama, Dios mío! ¡Qué drama tan complicado y tan interesante!»

Al llegar aquí se detuvo de improviso, y anudando su propia situación con la de la jóven, llevóse las manos á la frente y se dijo de nuevo:

—«¿Tendrá quizá razón el cómico que acaba de arrebatarme mis ilusiones? En Madrid, ciertamente, yo no he visto hasta ahora mayorazgos: las casas solariegas son derribadas cada día para hacer construcciones de renta y pisos abundantes: cada semana se arruina una familia noble con la ley de desvinculación en la mano: cada mes se venden escudos esculpidos para rellenar cimientos, papeles clásicos para envolver en las tiendas, armaduras y joyas de arte para comercio de ropavejeros y diamantistas. ¿Será, pues, cierto que una sociedad que se va no quiere que le reproduzcan las costumbres de un tiempo que se fué?—¡Elena! ¡Elena! (gritó, por fin, abandonando á grandes pasos las enramadas del Buen Retiro). Yo te sigo en la desgracia como siempre te seguí en la grandeza; yo desciendo contigo del muro de Troya que me fingí en mi calenturienta fantasía, al miserable cuarto que debes habitar; yo cambiaré la tragedia en drama; yo complicaré el argumento como á tí se te complica la existencia; yo crearé caracteres vivos y animados, como el de tu padre en sus últimas horas que estalla de dolor, como el de tu hermano que roba honradamente la subsistencia de una hermana que no conoce; como los de tus tíos que te embrutecen en la vulgaridad de su vida estúpida; yo olvidaré los tiempos de las grandes pasiones y de las elevadas ideas, por este tiempo de las pasiones tumultuosas y de las ideas mezquinas; yo conquistaré laureles explotando el mundo en que residio; yo haré, por fin, el mejor de los dramas que se hayan representado en la escena moderna!»

—¡Mozo! (gritó entonces dirigiéndose á alguien, mientras golpeaba sobre la mesa de un café): venga una copa de ron.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Continuará.)

## DON EDUARDO FERNANDEZ PESCADOR.

Al pasar la vista por los anales españoles de estos últimos meses, el ánimo se contrista hondamente leyendo en ellos los nombres de distinguidos artistas que bajaron al sepulcro en la flor de la vida.

Allí está escrito el de Zamacois, el querido discípulo de Messonier, el discretísimo pintor de costumbres, cuyos cuadros conoce y aplaude la Europa entera; Becquer, el viajero artista, observador e ingenioso, que llenó su album de apuntes curiosísimos, ya retratando, con exacto parecido, tipos populares de las provincias españolas, ya dibujando con inimitable gracia cuadros de costumbres, ya copiando esos viejos monumentos artísticos e históricos, obras inspiradas casi todas por la piedad de nuestros antepasados, que dicen aún con muda elocuencia lo que valieron en España los tiempos de la Edad Media, todavía no bien comprendidos; Sevilla, en fin, el jóven y correcto escultor que había llegado á conquistar, no obstante sus pocos años, una reputación envidiable.

La cruel muerte nos arrebató uno á uno estos seres queridos, aunque su memoria queda grabada en los fastos patrios, y su espíritu viva, con vida imperecedera, en sus obras.

Bien conocido es en el mundo artístico el nombre que sirve de epigrafe á este suelto.

El señor Fernandez Pescador (cuyo retrato hallarán nuestros lectores en la página primera de este número), discípulo de la Academia de San Fernando y del eminente cincelador señor Sanchez Pescador, su tío paterno, bajo cuya dirección se perfeccionó en el modelado, obtuvo ya en 1854, por oposición pública y por unanimidad, una plaza pensionada con 12.000 reales anuales, que creó el gobierno para estudiar en el extranjero los adelantos del grabado de monedas y medallas.

Pasó á Paris, fué el discípulo predilecto del célebre M. Oudinet, y bien pronto logró hacer una preciosa medalla, con el retrato del señor duque de Rivas, á la sazón embajador de España en la capital del Imperio.

Terminados sus estudios, volvió á España; mas no consiguió, á pesar de sus activas gestiones, que el gobierno mandase hacer en virtud de oposición los tipos de moneda, como era justo, y cansado de luchar en vano, hizo y presentó en la Exposición artística de 1864 un tipo de moneda y una medalla con el retrato del señor don Salustiano de Olózaga, obras que fueron premiadas con otra de oro, de tercera clase.

Esas mismas obras, presentadas en la Exposición universal de Paris, en 1867, le valieron la segunda medalla de oro, única en su clase, y luego el diploma de académico de número de la Real de San Fernando.

Ganó, también por oposición, en 1866, la plaza de profesor de la clase de grabado en hueco en la escuela de Bellas Artes, plaza que ha desempeñado hasta su muerte, ocurrida prematuramente en Mayo último, á causa de una fiebre tifoidea.

Fernandez Pescador ha bajado al sepulcro en la temprana edad de treinta y seis años, y dejó una esposa y una hija inconsolables.

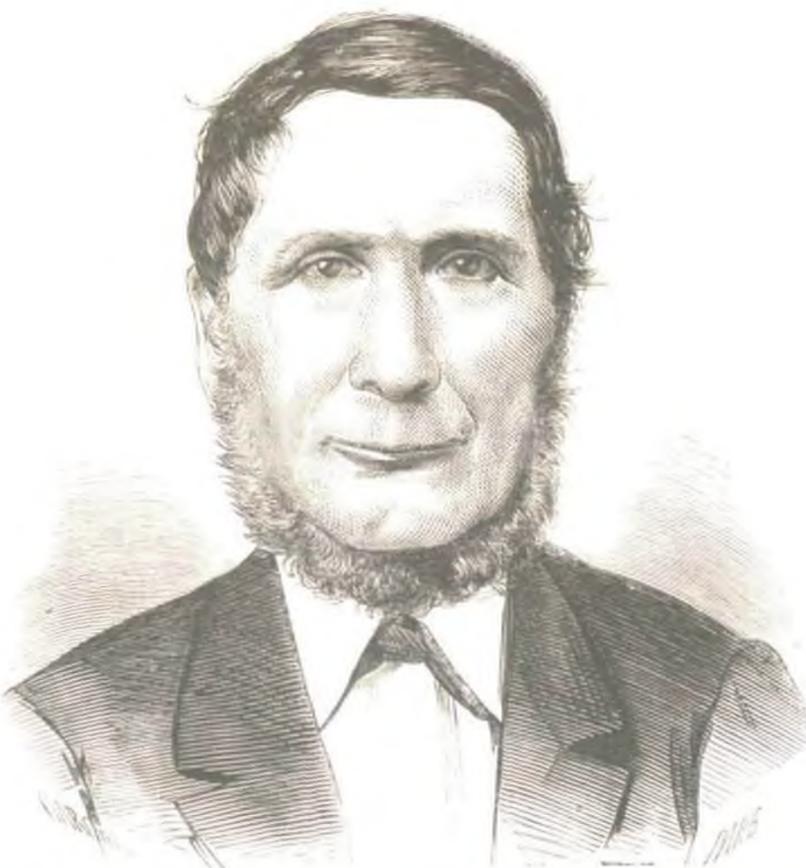
Las obras principales del malogrado artista son las siguientes, además de las citadas: la medalla de los diputados, la de la Academia de San Fernando, la de premios para Exposiciones nacionales, y otra para premios de la escuela de pintura; la que tiene el retrato de don José Madrazo, otra conmemorativa del Convenio de Vergara, y varias más de no escaso mérito.

También posee el ministerio de Fomento un bajo-relieve de Fernandez Pescador, copia del cuadro *La rendición de Breda*, de Velazquez, trabajo hecho por el artista cuando apenas rayaba en los diez y siete años.

## EL CIEGO,

CUADRO DE MR. W. BAYES.

Otro celebrado cuadro de un artista inglés, Mr. W. Bayes, damos á conocer, con el grabado de la pág. 412, á los benévulos suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.



ISLA DE CUBA.—Don Francisco Aballi, presidente del comité nacional de Matanzas.

Al autor de *El ciego* (*The Blind*)—que así se titula el cuadro original—no hay que pedirle complicadas composiciones históricas, ni copias de monumentos antiguos, ni siquiera paisajes; pero retrata con exactitud notable los tipos populares de Inglaterra: un robusto pastor de las montañas de Escocia; un tostado marinero que bebe cerveza hasta la embriaguez en los más sucios figones de *Public House*; un pobre viejo, ciego y desdichado, que va de casa en casa tocando el violín y pidiendo una limosna.

Dicho cuadro ha estado expuesto en *Dudley gallery*, y los críticos más descontentadizos han hecho justicia á la habilidad que posee el pincel de Mr. Bayes, para retratar con fiel parecido los tipos populares de la Gran Bretaña.

## PLAZA DE TOROS DE VALENCIA.

Pueblos hay en España á cuyos alcaldes *les ofende lo negro*—empleando una gráfica y conocida locución popular—y muchos por desgracia, según reciente estadística; mas apenas si existe uno, ya sea de numeroso vecindario, ya miserable aldea, en cuyos respectivos presupuestos municipales no se consiguen algunas cantidades para celebrar una corrida de toros, de novillos por lo ménos, en el día del Santo patron, ó en el día de la feria.

Todos tienen un *redondel*: anfiteatro más ó ménos suntuoso, ó plaza del lugar, ó siquiera corral de la casa del señor alcalde; ello es que hay en todos un sitio determinado para la *fiesta nacional*,—calificación un tanto hiperbólica que conceden algunos *amateurs* á las corridas de toros.

Por supuesto, que tal cuestión es de poca monta; porque si no le hay, se improvisa.

No hace muchos años, por cierto, que en un pueblo (de cuyo nombre no quiero acordarme) se derribó una magnífica cruz de piedra, de no escaso mérito artístico, *humilladero* que tenía una antigüedad de algunos siglos, y cuya construcción se atribuía á un famoso escultor y arquitecto del siglo XVI,—para *improvisar* una plaza de novillos.

Valencia no es célebre, en nuestros días, por deber su origen á los soldados de Viriato—*is qui sub Viriato militaverant*, como dice Tito Livio; ni porque el Cid y don Jaime el *Conquistador* más tarde la libraron del yugo sarraceno; ni por ser la patria de San Vicente Ferrer, del profundo Luis Vives, del poeta Ausias March; ni por sus antiguas *Germanías*, ni por sus monumentos artísticos, ni por sus hermosísimas mujeres...

Preguntad á esos ciegos admiradores de la *fiesta nacional* en qué consiste la celebridad de Valencia, y os responderán al punto:

— ¡ En que allí está el mejor *redondel* de España!

Abi ofrecemos, en el primer grabado de la página 413, una vista del exterior de su famoso *redondel*,—plaza de

toros, de construcción moderna, que no exige en verdad descripción detallada.

Pero ¿no os parece que morirán con placer y con orgullo en ese circo ¡el mejor de España! los desdichados lidiadores que caigan en las astas de un toro de Veraguas?—V.

## SAGUA LA GRANDE.

En todas las poblaciones de la fértil y hermosa isla de Cuba, pedazo de tierra española que representa un florón precioso de la corona de Castilla, resonó un grito de indignación y de venganza al saberse la inicua sublevación de Yara.

Todas ellas, hasta la leal y desventurada Bayamo, incendiada por los insurrectos antes de que se internaran en la manigua, se alzaron en armas contra los enemigos de España, y enviaron al campo de batalla sus batallones voluntarios.

Sagua, cuyos habitantes han dado siempre pruebas de lealtad y patriotismo, no fue de las últimas, y su nombre ocupará un lugar especial en los anales de la nefanda lucha, por la decisión con que aquellos se pusieron al lado de la bandera española.

¿Cuántas veces han intentado las expediciones filibusteras arribar á las playas de Sagua la Grande?

Pero no lo consiguieron nunca, porque dentro de Sagua solo existen hijos amantes de la madre patria.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, que ha ofrecido en números anteriores varios grabados relativos á la isla de Cuba, se complace hoy en publicar el segundo de la pág. 413, que representa la pintoresca población de Sagua la Grande, vista desde el embarcadero,—dando así un testimonio de afecto á sus leales habitantes.

## SECCION DE ANUNCIOS.

Desde el presente mes se hace cargo de este servicio, para los que hayan de ver la luz pública en este periódico, el señor don Eduardo de Mariátegui, que vive calle de Atocha, núm. 143.

La circulación de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA es tan considerable, que excede en la actualidad su tirada de 500.000 números anuales, con la especial circunstancia de que sus abonados, tanto en España como de Portugal y América pertenecen á lo más elevado de la sociedad, porque la índole y el precio del periódico no permiten otra cosa.

Dirigirse para anuncios en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA al señor don Eduardo Mariátegui, Atocha, 143, Madrid.

## TARTAMUDEZ.

Mr. Chavin abrirá en Madrid el día 16 de Setiembre un curso de pronunciación para la cura de este defecto. Escribir á Paris, avenue d'Eylau, 90.

VELUTINA CHARLES FAY. La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparación al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—La Velutina es adherente, impalpable y absolutamente inofensiva. Así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja. La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas, y en casa del inventor CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

MADRID.—IMPRESA DE T. FORTANET  
CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29